

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 580.

SUMARIO.

Sucesos de Dinamarca; grabado. — Revista española. — Vista de la ciudad de Rendsborg; grabado. — Ciencias. — Las tropas austriacas pasando el Elba; grabado. — Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago

de Chile. — Revista de Paris. — En la inauguracion de la estatua de Murillo. — La seguridad en la navegacion. — Los negros del ejército federal; grabados. — Paris y Londres en 1793. — Los hermanos Schlagintweit y su viaje á la India; grabados. — El corredor de playa. — Problemas de ajedrez; grabado. — Baile en Marsella; grabado.

Sucesos de Dinamarca.

En presencia de los graves acontecimientos que ocupan en este instante no solo á la Alemania y á la Dinamarca, sino á la Europa entera, creemos agrandar á nuestros lectores publicando aqui algunos dibujos refe-



El general Meza, comandante en jefe del ejército dinamarqués.

rentes á estos sucesos. No los acompañaremos con largas relaciones, porque estas se encontrarán en la *Parte política* del *Correo*, que sigue la historia de esta complicada cuestion con el detenimiento que ella merece, limitándonos á insistir únicamente en los puntos que tienen relacion con nuestras laminas.

En la primera página de este número se ve el retrato del general que manda en jefe las tropas danesas. Christian Julius de Meza, nacido en Elseneur en 1792. Ya por los años de 1807 habia entrado en el servicio, y se distinguió en el sitio de Copenhague por los ingleses, siendo entonces cadete de artillería. Nombrado profesor de la Institucion de artillería y de la Escuela militar superior, conservó este puesto hasta 1842, época en que ascendió á mayor de artillería. General de brigada en 1849, tomó una parte activa en la guerra que entonces tuvo lugar con la Alemania, y contribuyó á la victoria de Fredericia. General de division en 1860, Meza, considerado como uno de los capitanes mas inteligentes de nuestro tiempo, ha sido colocado á la cabeza del ejército dinamarqués.

Rendsborg, el primer punto atacado por los diferentes cuerpos de ocupacion, se halla en la frontera del Schleswig y del Holstein. En otro tiempo fué una plaza defendida por fortificaciones muy importantes, pero de las cuales no existe hoy mas que una parte casi insignificante, si se exceptua el fuerte de la Corona, que es bastante imponente.

Rendsborg, situado sobre el Eider, ese *terminus imperii Romani*, se divide en antigua y nueva ciudad, y el rio la atraviesa de modo que una porcion se encuentra en el Holstein y otra en el Schleswig. Cuenta con una poblacion de unas 12,000 almas.

El 20 de diciembre llegó á Hamburgo el primer cuerpo austriaco de ocupacion, y despues de haber atravesado el Elba cerca de Beddél, entró en la ciudad á eso de las dos de la tarde. La infantería de Hamburgo le hizo los honores militares.

D. S.

Revista española.

Las nubes y las mujeres. — Los grandes bailes. — Lujo y elegancia. — Teatros. — La mejor joya el honor. — El amor de los amores. — Una doble emboscada. — De libros nuevos, nada en limpio. — La Academia de bellas artes de Cádiz. — San Cayetano y Murillo. — Un muerto que escribe versos muy lindos. — El incendio de Santiago de Chile. — Sensacion que ha producido en Madrid. — Dos obras de arte. — Un nuevo vástago en la real familia. — Rasgo característico de un avaro.

Nos hallamos en pleno invierno.

Las hijas de los mares, las vaporosas nubes, siguen haciendo de las suyas en el espacio; sin embargo, algunos de estos últimos días despejaron completamente los horizontes, y el paseo de la Fuente Castellana poblóse, como por encanto, de lujo y de bellezas.

La esclavitud en las mujeres hace notables prodigios. Despues que el agua las ha tenido presas tras los cristales de sus habitaciones, parecen mas hermosas aun, cuando los rayos del sol rompen esplendorosos las húmedas cadenas que las oprimian.

El elemento principal de los meses de las lluvias son las noches.

Ellas abren las puertas de los elegantes coliseos donde se levantan tronos á la inspiracion y al ingenio; ellas entretejen delicadissimas coronas de flores para ornar las frentes de los aventajados artistas; ellas mueven los acompasados círculos de los numerosos bailes; ellas enlazan á la familia con la estufa y á la estufa con el gabinete; ellas, en fin, son los únicos seres que, á pesar de ser oscuras, derraman luces entre las enlutadas nieblas del invierno.

Magníficos han sido los últimos saraos con que algunas de las mas opulentas y aristocráticas familias han obsequiado á la sociedad elegante de Madrid.

Los que mas han dado que hablar por el lujo que en ellos se ha desplegado, han sido los que han tenido lugar en la embajada de Rusia, en casa de los duques de Fernan-Núñez, y de los señores de Lassala.

En todos ellos las señoras se han distinguido por el lujo de sus trajes y adornos.

Las damas que *saben recibir*, pues esta es la frase en uso, son los verdaderos generales de la sociedad de buen tono, y en estas cualidades pocas ó ninguna aventajan á la señora duquesa de Fernan-Núñez, de cuya amabilidad y finura son testigos cuantos concurren á sus brillantes saraos.

Describiré para agradar á mis lectoras algunos de los trajes mas notables de las hermosas damas que asistieron á este sarao.

La duquesa de Fernan-Núñez lucía un vestido de tul blanco, rayado de verde y plata, tan elegante como sencillo, y propio del papel que representaba en la fiesta; adornaban sus negros cabellos cuatro camelias blancas, y su cuello un magnífico collar de perlas con un rico broche de brillantes.

Si no era reina de la fiesta, podia disputar el premio de la belleza y la elegancia la bella duquesa de la Torre, que ostentaba un vestido de tul blanco prendido con broches de brillantes, que resaltaban sobre lazos de terciopelo negro. En la cabeza lucía una rica diadema de brillantes, de la que se desprendía flotante sobre sus torneados hombros, un velo de tul ligerísimo.

Caprichosísima y de exquisito gusto era la *toilette* de

la elegante y distinguida condesa de Guaqui: sobre una falda de blanco tul caía en forma de manto una sobrefalda de raso color de rosa, siendo del mismo color el cuerpo del vestido; la sobrefalda ó manto de corte, pues era lo que parecia, estaba recogido hácia la mitad de la falda con dos broches de ricos brillantes sobre unas escarapelas del mismo color del vestido.

Sobre sus rubios cabellos y colocada de la manera mas graciosa, llevaba la elegante condesa una corona duca de magníficos brillantes, que relucian sobre una segunda corona de plumas de color de rosa.

Del mismo género era el vestido de la señora de Alfonso, de raso color de malva con encajes y aderezo completo de brillantes.

La linda marquesita de Villaseca vestía un traje de tul blanco, guarnecida la falda con un enrejado de cintas de terciopelo encarnado. En la cabeza y el vestido ostentaba como adornos, racimos de uvas negras y de oro.

La condesa de Velle iba vestida de tul blanco, con túnica de terciopelo granate, formando festones, guarnecidos con flecos blancos y encajes negros: el peinado en que se mezclaban las plumas y los brillantes, completaba tan linda como elegante *toilette*.

La señora de Saavedra y sus cuñadas las marquesas de Aranda y de Heredia, llevaban trajes iguales de tul blanco, salpicados de margaritas y con una orla de gazon. Las coronas eran asimismo iguales y formadas de flores salpicadas de brillantes. Los collares eran de perlas.

Con adorno azul y oro vimos á la linda duquesa de Fernandina, con traje blanco y negro y adorno de brillantes; á la elegante viuda de Sobradiel con traje blanco, que en vano queria sobreponerse al tinte nevado de su cutis; á la bella condesa de Villapaterna y otras muchas damas, la flor y nata del *beau monde*, todas dignas de mencion especialísima, pero que, siendo en gran número, nos es imposible citar una por una.

Las señoritas de Concha llevaban vestidos de tul blanco, uno adornado con rosas, otro con flores de *perce-neige*. Las mismas flores lucian en sus tocados.

Por último el traje de la señorita de Osma era de tul blanco, salpicado de anclas de oro. El adorno de la cabeza y el collar era tambien de oro labrado en la misma forma.

No dirán mis lectoras que no he mirado con interés á mis bellas compatriotas, para retratárselas con todas sus galas.

Ahora, de los bailes pasemos á los teatros: la transición no es muy violenta.

Tres son las obras nuevas mas notables: *la Mejor joya el honor*, *el Amor de los amores*, y *la Doble emboscada*.

Siguiendo mi costumbre, contaré el argumento de estas tres obras.

El arte como la realidad interesa.

La mejor joya el honor, tiene un fin altamente moral, su pensamiento es combatir esa afición al lujo, á la ostentacion, á los brillantes, que en muchas ocasiones, por el efímero triunfo de algunas horas, cuesta días y años de amargura á la mujer. El poeta nos presenta las consecuencias de esta pasion, resolviendo el problema con un criterio digno de aplauso: en su concepto y en el nuestro, la mejor joya, la que mas engalana y favorece á la mujer, es el honor.

Con estas condiciones favorables, ¿cuál es la causa del éxito dudoso que ha tenido su obra?

Nuestros lectores juzgarán.

Luisa, jóven de veinte años, tan virtuosa como bella, está casada con don Pedro, un general curtido en las batallas, rudo y valiente en presencia del enemigo, pero bondadoso y rendido con su adorada compañera. Los dos esposos, á pesar de su desproporcionada edad, vivian felices en Navarra, en medio de aquellas pacíficas montañas, asilo y baluarte de la honradez; pero el deseo de ofrecer á su esposa una existencia menos monótona, nuevos horizontes, placeres mas variados, impulsa al general á dejar su retiro, se establece en Madrid, abre su casa á la sociedad, se lanza con su esposa á esa vida elegante y animada de las personas de buen tono, frecuenta los salones, asiste á los saraos, y de este modo, sin querer, inculca en el alma de su compañera la semilla del lujo, que al crecer y desarrollarse, ha de turbar su paz doméstica, ha de convertir su venturoso hogar en mansion del dolor.

Entre los amigos que visitan al general, hay un don Carlos, jóven tan ocioso como rico, que prendado de los encantos de Luisa, aspira á conseguir su amor, y con este propósito aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para contar á la jóven esposa todos esos detalles que, falsos ó verídicos, constituyen lo que suele llamarse la crónica escandalosa. De este modo, mostrándole que las mujeres á la moda inspiran mayor interés cuanto mas crecido es el número de aventuras en las que aparecen como heroínas; hablándole como de cosas naturales y plausibles de las infidelidades conyugales, espera acostumbrarla á la inmoralidad, y una vez acostumbrada, cree seguro el éxito de su amoroso empeño.

Así pues, Luisa se nos presenta por una parte alhagada, querida, hasta mimada por su esposo, y próxima á caer en el lazo que un desalmado hombre de mundo tiende con mano artera á su inocencia, á su candor.

El demonio del lujo no está lejos, parece recrearse en su víctima, y debiendo la jóven concurrir á un espléndido baile, en donde las mas bellas y elegantes damas luciran sus adornos y sus prendidos mas preciosos, le inspira un vehemente deseo de llevar á este baile un

aderezo de brillantes que ha visto en casa de un joyero. Para obtenerlo se acerca á su marido, y pone en juego todos esos recursos femeniles que fascinan, seducen y convencen.

El general no es un banquero, y aunque lo siente mucho, se ve en la precision de confesar á su mujer que no puede comprarle el aderezo; al mismo tiempo, si mal no recordamos, combate el lujo en las personas que no pueden rendirle culto; pero toda su elocuencia se estrella en el mal humor que revela su cara mitad. Recordando que al describirle el ansiado aderezo, le ha dicho que vió otro no menos bello, aunque formado con piedras falsas, suplica á Luisa que se conforme con este último, y aun lleva mas allá su complacencia. Espera recibir por el correo de América una letra de 6,000 duros, que es lo que cuesta el aderezo fino, y desde luego le promete entregarle esta cantidad para que satisfaga con ella su capricho.

Así las cosas, y dominada todavía por su enemigo malo, con la esperanza de los 6,000 duros, piensa Luisa en el crédito. « Esa letra no debe tardar, se dice; el joyero, que me conoce, no tendrá inconveniente en aguardar algunos días, y de este modo, sin que mi marido lo sepa, llevaré al baile el aderezo fino. » Dicho y hecho: confia su proyecto á una antigua criada, que la quiere entrañablemente, y le encomienda su ejecucion, sin prever las fatales consecuencias de semejante paso.

En esto llega Carlos; la criada, con el fin de cumplir mejor su cometido, le ruega que le dé una carta de recomendacion para el joyero; y viendo el libertino una ocasion, la aprovecha complaciendo á la oficiosa sirvienta; en la carta da orden para que lleven á su casa la factura del aderezo.

Luisa ha logrado su deseo, ve en sus manos la ambicionada joya, y sin embargo, el remordimiento que siente por haber engañado á su bondadoso esposo le hace bajar los ojos en su presencia, huir de su lado, en una palabra, turba la paz de su alma.

La letra llega, y el general, que cree motivada la tristeza de su esposa porque no ha satisfecho sus deseos, queriendo darle una sorpresa, toma el aderezo y sale á cambiarlo. Entre tanto llega Carlos, y con un chisme tan repugnante como inverosímil, declara su pasion á Luisa, y al verse rechazado con indignacion por la virtuosa jóven, le presenta la factura del joyero, la amenaza, la humilla, y la hace comprender, tarde por cierto, la inmensidad de su delito. La jóven retrocede horrorizada ante su conducta, mide las consecuencias de su capricho, y la esperanza de su alegría se convierte á sus ojos en la terrible realidad del sufrimiento.

Cuando vuelve el general á pedirle cuentas de su honor, cuando le pregunta el nombre del infame que le ha robado la felicidad, la jóven se resiste á satisfacer su curiosidad, y el hogar donde poco antes reinaba la apacible calma de la virtud, se convierte en un infierno.

En tan penoso trance, el ofendido esposo no halla mas solución que la de separarse de Luisa y volverse á Navarra; pero Antonio, un veterano que ha sido su asistente, que no se ha separado nunca de él, que en medio de su rudeza adora á su amo, se encarga en los momentos criticos por que atraviesa, de darle una leccion. Dura y severa es, pero justa: el general sembró, y los disgustos que le atormentan son la cosecha que debia recoger.

Su esposa no es culpable: la inocencia peca sin comprender la magnitud del pecado; lo que su amo debe hacer es castigar al libertino, volver á la vida apacible que dejaron, y no aumentar su mal con una separacion injusta.

Don Pedro sigue el consejo de su fiel Antonio, sabe por medio de una oficiosa y enojada amiga de Luisa el nombre del infame que ha atentado á su honra; llega, satisface las deudas de su mujer, le provoca, le insulta, van á batirse; pero Luisa se opone. La espada que ha vencido en mil batallas no puede cruzarse con la de un villano; el desprecio es el castigo que merece. Luisa le arroja ignominiosamente de su casa: Carlos se aleja sin mas explicacion, y entre tanto el general permanece tranquilo, obedece maquinalmente á Luisa, y concluye la comedia con algunos pensamientos encaminados á justificar su titulo.

Esta es la accion, descartada de los detalles.

Ahora si mis lectores lo permiten, los llevaré al teatro del Príncipe, en donde Matilde Diez y los hermanos Catalina arrancan todas las noches entusiastas aplausos, interpretando la segunda comedia de las tres que he anunciado mas arriba.

Hacia ya mucho tiempo que no veíamos en el teatro una obra tan sencilla y tan bella, tan acabada é interesante como *el Amor de los amores*. Destinada á fijar las miradas del público en los dos sentimientos del dolor y del amor maternal, su accion y los detalles que la adornan están combinados y desarrollados con tanta habilidad é inspiracion, que producen un gran efecto.

Mientras que el espectador ve sucesivamente los preciosos cuadros que constituyen esta composicion, una ternura inmensa, una profunda simpatía hácia los personajes que figuran en primer término, llenan su alma, y cuando acaba la comedia, conserva la impresion que le ha causado como uno de esos gratos recuerdos que mantienen vivo á todas horas el sentimiento de la dicha fugaz que nos ha sonreído algunos instantes.

Hay tanta pureza, tanta dulzura, tanta honradez en esta obra; los dolores y las alegrías de los personajes son tan sinceros y tan vehementes, que no es posible contener la emocion que producen. Se sufre y se goza, se llora y se ríe, se admira y se aplaude cuanto hay en

ella con la mejor buena fe del mundo, con espontaneidad, con entusiasmo. Es una de esas creaciones del poeta que hablan a todas las almas, es una música que se amolda a todos los sentimientos, es a la vez una buena comedia y una buena accion.

La familia se encuentra en ella retratada con todos sus atractivos, con todos sus encantos, y así por esto como por sus tendencias, puede decirse que aun cuando ha sido escrita en francés, ha sido sentida y pensada en español.

La Casa sin hijos, de Dumanoir, no inspira el interés, el respeto y el cariño que la casa de Ernestina y Ricardo. En aquella no ha resonado nunca ese grito sublime del recién nacido, la cuna no ha mecido el sueño del hijo idolatrado, la esposa no ha sido madre: en esta la felicidad maternal ha pasado como un meteoro, pero ha existido: Ernestina ha sentido en el seno el fruto de su amor, lo ha estrechado en sus brazos, ha arrullado su sueño, se ha recreado en sus ojos, y después de poseer y de saborear esta suprema dicha, la ha perdido para siempre.

Esta acertada modificación que el traductor ha introducido en el original es el secreto del entusiasmo que la comedia ha producido en nuestro público.

Ernestina interesa, su dolor halla eco en todos los corazones, sus lágrimas conmueven: la esposa que nos presenta Dumanoir es desgraciada, ambiciona lo que no tiene, aspira a lo que no conoce, a lo que solo adivina, pero ¿qué diferencia entre una y otra! Espera esta una felicidad que no le ha sonreído; aquella llora una felicidad que se le ha escapado de entre las manos; la primera desea, la segunda recuerda y siente, ambas sufren; pero ¿cuál sufre más?

El martirio de Ernestina es inmenso; su dolor es oculto. Asiste a los saraoos y a las fiestas, quiere distraerse ofreciendo a su imaginación toda clase de distracciones; pero a cada momento se abre en su alma la herida, y cuando todos, hasta su mismo esposo, la consideran alegre y feliz, un grito resuena en el fondo de su corazón, sus ojos se humedecen y su dolor no tiene límites.

Pero cuando su mal se agrava, es al llegar su hermano y su cuñada, ebrios de gozo, a confiarla que Dios ha bendecido su unión, que la esperanza de la paternidad les sonríe, y a mostrarle de paso los objetos que han comprado para formar el canastillo de su futuro hijo.

Este contraste es de un efecto inmenso: la impaciencia, el exceso de ventura que despliegan los afortunados esposos, dejan ver el dolor de la madre angustiada con tanta intensidad, que sin duda esta escena es una de las más inspiradas de la obra.

Aquella desesperación de Ernestina, aquella emoción que no puede contener, aquel ¡ay! que se exhala de sus labios y que hace comprender a Victoria y a Jacinto el egoísmo de su felicidad, constituyen una situación admirable.

No, no hay consuelo para aquella desventurada madre; hasta la dicha de los seres que más cariño le inspiran se torna para ella en incentivo de su dolor.

Entre tanto su esposo, que la adora, que recuerda como ella al hijo que la muerte les ha arrebatado, halla un consuelo que Ernestina no tiene.

Antes de conocerla, amó a otra mujer que le dejó al morir una prenda de su amor. Ricardo conserva una hija, una hermosa niña de seis años, que endulza las horas de su vida en el misterioso retiro en donde vive oculta: su esposa, así por esto como por sus tendencias, ignora este secreto, y él por su parte, no se lo revela, temeroso de aumentar su dolor; pero la Providencia se encarga de descender el velo. Eugenia, la tierna niña, debe volver la paz y la alegría a la morada triste y silenciosa de Ernestina, y Dios, que quiere consolarla, la lleva conducida por el ángel de la caridad al retiro donde la inocente criatura espera en vano hace seis años una amorosa madre.

Descubierto el secreto, la esposa que se cree ofendida en su dignidad y en su amor, se subleva, quiere apartarse para siempre de su esposo; pero a la indignación sucede la razón, se convence de que Ricardo no le ha faltado en nada, y reconcentra todo el tesoro de ternura que posee su alma en la pobrecita huérfana. Ella será su madre, y la niña llenará el inmenso vacío que hay en su alma.

La tristeza desaparece, la ventura renace, el amor maternal queda satisfecho, y la santa mártir consigue el precio de su martirio.

Este sencillísimo asunto constituye la acción de la comedia que conmueve y encanta; los episodios, los detalles que la completan entran por mucho en el efecto que produce; pero mis lectores ven que por sí solo el sentimiento que domina en ella bastaría para arrancar lágrimas a los ojos y entusiastas aplausos al corazón.

La tercera obra, es decir, *la Doble emboscada*, debería llamarse *Matrimonios de conveniencia*, porque estos forman la base principal de su argumento.

El tipo, el carácter saliente de la nueva obra, es un tal don Benito; un pobre hombre con bastantes haciendas para vivir independiente, y con bastante descaro para decir cuatro frescas al lucero del alba. Tiene este don Benito una amiga, muy entrada en años y muy rica, y tiene a su vez esta vieja una primita joven y muy pobre.

Como sucede con harta frecuencia en este picaro mundo, la vieja se enamora de un pollo, también pobre, y se lo propina en matrimonio. Al mismo tiempo, creyendo hacer la felicidad de su primita, medita su casamiento con don Benito, el cual exclama con la mejor buena fe: — ¿Yo casarme con esa niña? ¡Yo! un vejete... un carcamal... ¡quite Vd. allá, señora!

Pero la vieja no desiste. Conociendo entonces don Benito que la niña está enamorada del pollo, finge apasionarse de ella y pide su mano para despertar de este modo el amor del joven, y hacerle caer en la cuenta de que vale más casarse con la juventud y la belleza, satisfaciendo los legítimos impulsos del corazón, que encadenarse a una vieja por toda la vida, a una vieja que compra marido como quien compra ganado en la feria.

El plan de don Benito llega a feliz realización. Los jóvenes se declaran, se casan, y al verlos abandonados de sus parientes, el bueno de don Benito parte con ellos su hacienda y su cariño. Rasgo noble y generoso que arrancó los más espontáneos aplausos.

A estas se reducen las novedades teatrales del mes. En los primeros días de febrero se estrenará un drama de García Gutiérrez, titulado *Venganza catalana*, el cual, a juzgar por lo que dicen los que ya le conocen, es una obra que hará época en los fastos de la literatura dramática.

Allá veremos: lo que fuere sonará, y estos sonidos llegarán hasta vosotros en alas de mi pluma.

Siguiendo mi costumbre, debería hablar ahora de los libros nuevos, pero los busco en vano.

Muchos almanaques, muchas novelas a dos cuartos la entrega; en limpio, nada.

Dirijámonos a las provincias a caza de noticias literarias, ya que Madrid nos pone cara de palo al exigirnoslas.

La Academia de bellas artes de Cádiz ha celebrado en los primeros días del corriente una sesión extraordinaria, para ofrecer los premios a los que con su ingenio y su aplicación se han hecho merecedores a ello.

Al terminarse, leyó el distinguido poeta don Adolfo de Castro, una composición dedicada a una pintura de san Cayetano, que se venera en Nuestra Señora de la Merced, de Cádiz, y que según cuenta la tradición, fué bosquejada por Murillo.

Como esta composición se refiere a un episodio de la vida de uno de los pintores más célebres del mundo, y como además es muy linda, me parece que mis lectores se alegrarán de que la reproduzca.

Dice así:

La devoción de un guerrero
Dijo al pintor sevillano:
— Ver trazada por vos quiero
La imagen de Cayetano,
Cuyas virtudes venero.

Colora con valentía
El semblante del varón,
Y ya bosqueja a María,
Cuando en sus brazos ponía
La prenda de redención.

Acaba, ¿a qué detenerte?
Conquista un nuevo laurel.
Mas ¡oh desdichada suerte!
Ese no es ya tu pincel:
Es el pincel de la muerte.

Si con dolor lo has tomado,
Porque has el otro perdido,
Tu pensamiento ha ganado:
En la tierra fué empezado,
Y en el cielo concluido.

— Para pintar a María,
¿Dónde encontraré el modelo?
Constantemente decía;
Y el santo le respondía:
— Murillo, solo en el cielo.

— Dulce efigie de mi mano
En que tal poder se encierra,
¿Qué haré por vos, Cayetano?
— Olvidar que eres humano,
Y no buscarme en la tierra.

— Para pintaros, mi amor
Veros pensó un breve rato.
— Ven y me verás mejor:
Y en el cielo vió el pintor
Que su imagen fué un retrato.

¡Genio feliz! su ideal
Lo mismo fué que copiar;
Ultimo triunfo que adquiere,
Siendo cual la luz que muere
Y mas brilla al espirar.

¿No veis el tierno semblante
Con que el santo al niño mira?
Pues no lo tiene delante:
Es que contemplaba amante
Al que lo pinta y suspira.

Obra sublime empezada
Cuando el mundo iba a perder,
Semejante a la pisada,
Que está en la arena estampada,
Del que nunca ha de volver.

Y allí permanecerá
Asombrando nuestra vista;
Porque la imagen es ya

Pensamiento que se va
Tras el alma del artista.

Dad, imagen, dulce oído
Al que os contempla admirado,
Por veros agradecido,
Ya que me habeis otorgado
Tal bien que no os he pedido.

Rostro inspirado por Dios,
Nunca podré hallar alguno
Que con el vuestro haga dos;
Pues fuera entonces cual vos,
Y cual vos; ¿dónde hallar uno?

Quiero en tal obra leer
El alma de aquel que amo
Por tanto y tanto saber;
Con tiernas ansias le llamo
Y no quiere responder.

Obra hermosa, eternamente
Puedes a los hombres dar
Mil lecciones elocuente;
Mas ¡ay! que en ella estudiar
Solo sabe aquel que siente.

Así Murillo sentía
Y así sentir yo quisiera;
Porque esta imagen sería
La palabra postrimera
Que repitió en su agonía.

Si puedes, Murillo, oír
Mi acento, comprenderás
Que ansio en tus obras vivir,
Para contigo morir,
Si es morir donde tú estás.

En mi anterior revista referí a mis lectores algunas de las chistosas aventuras a que dió lugar la falsa noticia de la muerte del ilustre poeta Ventura de la Vega.

Para completar los detalles a que ha dado lugar este suceso, copiaré los siguientes versos que pocos días después de haberse publicado la noticia, escribí el *muerto* a una de sus amigas.

Dicen así:

Sabrás, María, que he estado
Por mala correspondencia
Privado de la existencia,
Y casi, casi enterrado.

Por fin con vida salí,
Y huyendo de la que mata,
Correspondencia mas grata
Hoy, María, busco en tí.

Si me concedes licencia
De amarte cual tierno amigo,
Y de tu afecto consigo
Una fiel correspondencia,

Con satisfacción cumplida
Diré: — Bendigo mi suerte;
Si una quiso darme muerte,
Otra viene a darme vida.

Confesad que para ser escritos por un habitante del otro mundo, los anteriores versos no carecen de gracia.

En Madrid ha causado una profunda sensación la terrible catástrofe acaecida el día de la Purísima Concepción en Santiago de Chile.

Entre las víctimas del horroroso incendio pereció la madre del opulento banquero señor Osma, y con este motivo se ha suspendido uno de los bailes que debían darse en su casa, y que más felices esperanzas hacía concebir a los aficionados a divertirse.

Sin embargo, se resarcirán bailando este carnaval en la embajada rusa y en otros salones no menos aristocráticos de la corte.

Cuando escriba mi próxima revista se habrá aumentado la real familia. De un momento a otro esperamos los habitantes de Madrid oír los cañonazos que han de anunciarnos el fausto alumbramiento de nuestra reina.

Dos obras de arte han llamado la atención estos últimos días en los salones más concurridos de Madrid.

Son un cofre y una jardinera damasquinados, trabajados en la fábrica de Eibar, y adquiridos por el duque de Fernán-Núñez.

Ambos objetos son dos joyas de gran precio para el arte. El cofre está trabajado a cincel por la parte interior, produciendo en la parte exterior un bajo-relieve de sorprendente efecto.

La jardinera es una figura llena de gracia y gallardía, del gusto griego, siendo tan admirable por la armonía del conjunto, como por lo atrevido y delicado de los dibujos.

Parece, como dice Selgas, que el hierro se ha convertido en cera para prestarse dócilmente a los mandatos del artista.

Convengamos en que el hierro es más generoso que el oro; de seguro que este no se hubiera prestado tan fácilmente como el hierro.

Para terminar mi revista, contaré a mis lectores un rasgo de ingenio de un gallego, que en mi concepto merece ser trasmitido a la posteridad.



Vista de la ciudad de Rendsborg (Schleswig-Holstein).

El tal tiene un caballo, y para que no le cueste muy caro, le mantiene todo el año con paja seca.

Días pasados fué á hacerle una visita uno de sus amigos, y hablando del animalito bajaron á la cuadra para verle. Era la hora del pienso, y el amigo no pudo menos de admirarse al notar que el caballo tenía colocados unos grandes anteojos verdes.

— ¿Cómo es eso, preguntó, padece de la vista?
— No, señor, respondió el moderno Harpagon, pero le pongo los anteojos para que el animal se figure que come verde. De este modo se queda satisfecho, y yo no gasto mucho en su manutención.

No se puede llevar mas allá el amor á la economía.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de enero de 1864.

rales, que aunque órganos distintos, tienen entre sí una relación de armonía que se refiere á su origen ó centro común.

Como ambas hipótesis no se pueden demostrar directamente, se ha tratado de buscar la armonía y correlación que hay entre las fuerzas físicas y entre los sentidos, dando esto origen á estudios suamente curiosos que algún día producirán resultado, aunque tal vez distinto del que se busca.

De la correlación entre las fuerzas físicas se han ocupado muchos en los últimos años, pero entre todos ha sobresalido por sus curiosas observaciones M. Grove; abogado inglés, extremadamente aficionado al estudio de las ciencias exactas y naturales.

M. Grove ha tratado de demostrar que una fuerza física se puede convertir siempre en otra determinada, y aun supone que las fuerzas físicas que existen en el mundo, ya naturales, ya desarrolladas por mano del hombre, no se aniquilan nunca, sino que se trasforman

en otras, produciéndose así la vida del mundo, y conservando una equivalencia constante la suma de todas estas fuerzas. Grove no llega á afirmar que una de estas fuerzas sea la causa necesaria y esencial de las demás; se limita á sostener que una fuerza física ó química, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, la afinidad química y el movimiento, no se desarrollan nunca aisladamente, sino que cada una de estas fuerzas se desarrolla por el intermedio de otras ó simultáneamente con ellas, pudiendo convertirse una en otra.

Si se pone en movimiento, dice Grove, una masa de cobre, y se detiene sin que se verifique contacto alguno por medio del iman, se desarrolla en ella un calor proporcional siempre á la cantidad de movimiento que llevaba. En este experimento, el movimiento se convierte en calor; por el contrario en las máquinas de vapor, este se liquida y nace el movimiento al desaparecer el calor. Si en una vasija de cristal se introduce una placa de daguerreotipo y unos hilos de plata, y se

pone la placa en contacto con un galvanómetro, cuya aguja señale el cero, y el hilo de plata con un termómetro de Breguet, que marque también cero, exponiendo entonces a la luz la placa, ambas agujas se ponen en movimiento indicando que ha habido una corriente eléctrica y otra calorífica. La luz sola en este curioso experimento da origen a la vez a una acción química en la placa, a una corriente eléctrica en el hilo de plata, a una corriente magnética en el galvanómetro; al calor en el termómetro, y al movimiento en las agujas.

En muchos experimentos, la electricidad parece que tiene cierta primacía, y respecto del cuerpo humano, y sobre todo de los sentidos, la tiene indudablemente, porque no solo afecta a los cinco sentidos corporales, sino a otros órganos importantes; por lo cual se inclinan algunos a creer que este es el fluido único.

Los que se han dedicado a estudiar la correlación de los sentidos, han descubierto no menos notables curiosidades.

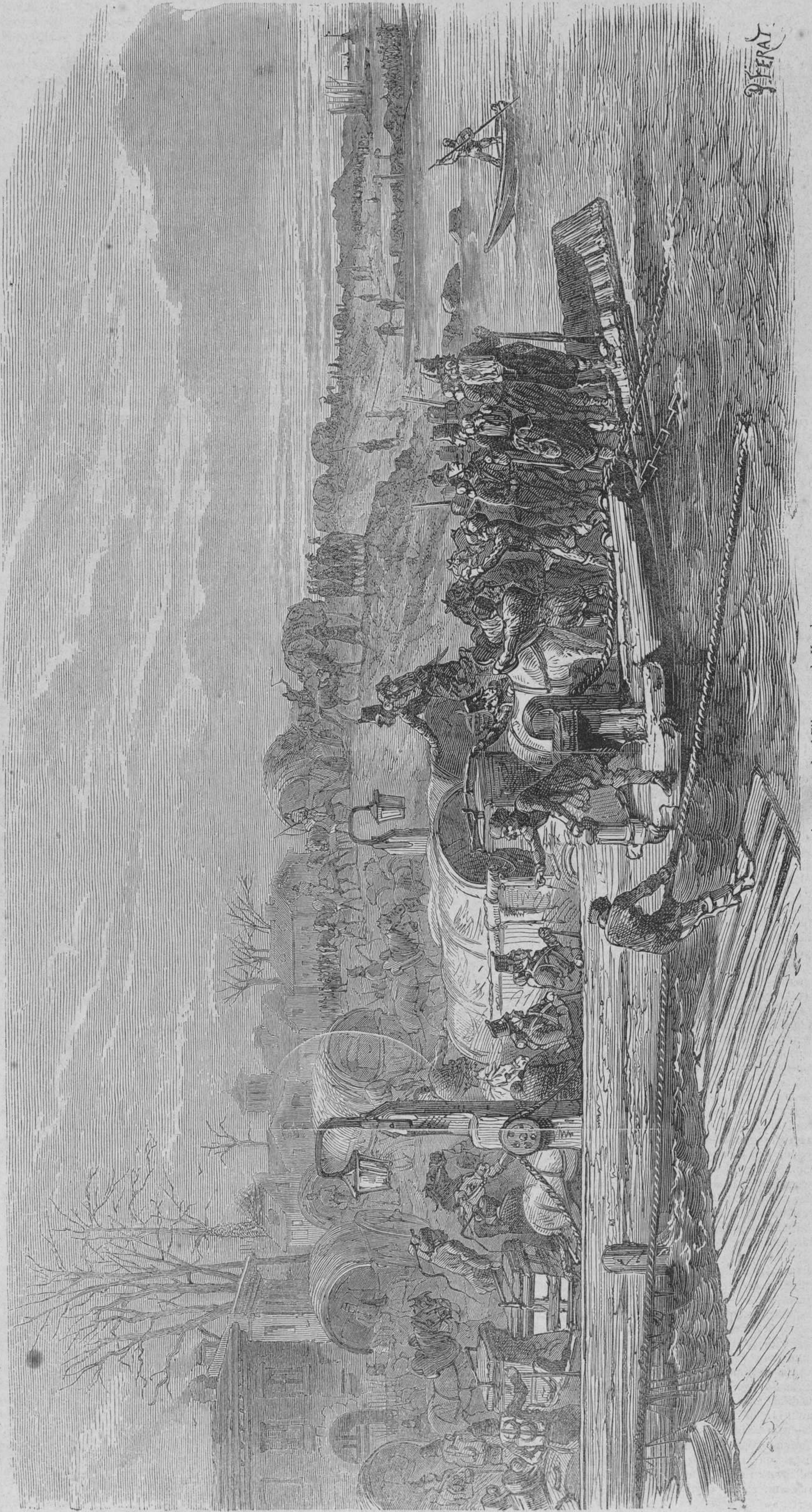
El americano Fulge ha encontrado también algunas relaciones íntimas entre el olfato y la vista, aun suponiendo que no sea cierto cuanto afirma en sus *Veladas científicas*; pero hasta ahora no se había hallado, que nosotros sepamos, analogía entre el sonido y el olfato, que es lo que parece ha descubierto M. Bilk.

Este cirujano inglés ha observado, según afirma, que el olor es capaz de modificar el sonido hasta el punto de hacerle variar de tono, y ha formado también una escala de olores que afectan al oído de menos a más, empezando por el olor de la rosa, y concluyendo por el de los sulfuros y cuerpos de olor acre y punzante.

El experimento que cita M. Bilk, aunque acompañado de innumerables circunstancias, puede pasar; pero por nuestra parte le declaramos inadmisibles. Bilk supone que todos los cuerpos simples en el estado de reposo y en las circunstancias normales son inodoros; y como esto no es cierto en el estado en que vemos estos cuerpos, presenta la hipótesis de que los cuerpos simples

que producen olor, lo producen solo por estar a mayor ó menor temperatura de la que necesitan para ser inodoros, ó por otras circunstancias físicas ó químicas, comparando su estado con el de otros cuerpos que son inodoros a la temperatura ordinaria y en reposo, y desprenden olor con la elevación de temperatura, el movimiento ó la frotación.

Supone también el autor inglés, que todos los fenómenos físicos y químicos tienen un solo origen inmediato, las vibraciones; de modo que el calor, la luz, el sonido, el gusto, el olor, todo es una serie de vibraciones que afectan más ó menos, según su número é intensidad, nuestros sentidos. Estos fenómenos referidos a los cuerpos no son tampoco más que vibraciones que se producen y obran de diverso modo según la causa que las produce. Estas vibraciones se producen por el calor, la luz, el movimiento, etc., y sobre todo, por la afinidad; por cuya razón los cuerpos compuestos suelen ser más olorosos que los simples en cualquier estado.



Las tropas austríacas pasando el Elba cerca de Hamburgo.

Esto supuesto, Bilk admite la analogía del sonido y el olor, no en los órganos corporales, sino en las vibraciones, causa de estos fenómenos, y deduce de aquí la correlación entre estos dos sentidos.

Sabido es que las vibraciones producidas por el sonido pintan en el plano, destinado á recibir la impresión acústica en el oído artificial, curvas uniformes que en su forma guardan proporción con el sonido, presentando así á la vista el sonido escrito por el oído.

Algo semejante á esto quiere decir M. Bilk en su teoría, suponiendo que las vibraciones producidas en un sentido son perceptibles á los otros, así como en el caso que acabamos de citar son visibles las vibraciones acústicas.

Nosotros negamos en principio que los cuerpos simples sean inodoros, aunque no nos repugne el admitir que es posible darles un estado en que pierdan esta propiedad. Por lo demás, nuestro objeto principal al citar las observaciones de M. Bilk es darlas á conocer, y no refutarlas extensamente; para lo cual sería necesario mucho espacio, atendiendo á la profundidad con que está presentada esta teoría; de tal modo, que seduce á primera vista.

L. N.

Incendio de la iglesia de la Compañía

EN SANTIAGO DE CHILE.

Por el último vapor hemos recibido la relación de la espantosa catástrofe que ha hecho perecer por el fuego á unas dos mil personas que asistían á una fiesta religiosa en la iglesia llamada de la Compañía, en Santiago de Chile. No insertamos hoy esta relación, porque esperamos para darla á luz á que esté concluido el grabado que se ejecuta en vista de un dibujo debido á M. E. Charton, residente en Chile, y que da una idea exacta del horrible espectáculo á que ha tenido el dolor de asistir. Nuestros lectores no podrán menos de agradecer que hayamos aplazado esta publicación, subordinada á la buena ejecución de nuestra lámina.

A. M.

Revista de Paris.

El juéves último la Academia francesa recibió en su seno al conde Luis Marcien de Carné, que ha ocupado el sillón vacante por el fallecimiento de M. Biot. Como de costumbre, una sociedad numerosa y escogida se hallaba aglomerada bajo las bóvedas de la antigua capilla del colegio de las Cuatro Naciones, que es desde hace años ya el palacio del Instituto. Aunque M. de Carné ha sido colaborador de los principales periódicos y revistas de Paris, y además ha dado á la estampa diferentes obras históricas, comenzó su discurso de recepción con la protesta tradicional sobre el honor inmerecido que se le hacia; después entabló el elogio no menos estereotipado de la Academia, y por último pasó á retrazar con largos pormenores la historia de su predecesor Juan Bautista Biot, cuyas obras de astronomía, química, física y arqueología eran accesibles á todo el mundo por la claridad y la precisión del estilo.

El discurso de M. de Carné ha parecido demasiado monótono y difuso. Sin embargo, justo es decir que contiene párrafos que fueron aplaudidos por la asamblea, y entre ellos llamó principalmente la atención el que consagró á describir las relaciones de Arago y Biot, estos dos hombres ilustres en la ciencia.

« ¡Biot y Arago! dos nombres, dijo M. de Carné, que no separará nunca la historia de la ciencia, y que la amistad habría unido eternamente, si las tristes dificultades de la vida no vienesen á turbar aun á los mas nobles corazones. Con diez años menos que M. Biot, M. Arago había salido también de la Escuela política, y había encontrado en el que fué su primer protector una benevolencia que quizá llegó á ser menos activa cuando el discípulo pudo aparecer como un rival. M. Biot no habría tenido nada que echarse en cara si se hubiese tratado de investigar la parte respectiva de las culpas en aquellas relaciones en que la grandeza de la inteligencia no siempre logró salir triunfante de las flaquezas de la vanidad. Aunque la larga mancomunidad de las tareas había puesto á estos dos hombres en un contacto frecuente, parecía que la naturaleza se había empeñado en separarlos. Meridional por el genio como por la sangre, el uno necesitaba difundir en la muchedumbre los ardores de su palabra y de su alma; tipo consumado el otro del talento galo en su mas elegante sencillez, tenía mas sagacidad que gracia, y prefería á la popularidad de los triunfos ruidosos las aprobaciones de un círculo selecto. El uno tenía el gusto de la vida pública, en tanto que el otro miraba esta vida con antipatía, y mientras aquel apadrinaba las innovaciones políticas mas problemáticas, este parecía rechazar hasta las mas naturales, volviéndose hácia el pasado con tanta resolución como su rival se lanzaba hácia el porvenir. De todos modos, y no obstante las causas que alejaban entre sí á estos dos hombres, su separación era para ellos un motivo permanente de turbación y de sentimiento. Se querían á despecho de sí mismos, tanto que les era mas difícil aun vivir separados que reunidos. M. Arago vió pues con mas alegría que extrañeza á M. Biot en sus últimas horas de vida, tan afectuoso y bueno como en los tiempos en que trepaban juntos por las sierras de Cataluña; todas las quejas desaparecieron en un abrazo supremo, y aquellos gloriosos émulo cambiaron en el instante de la postrer despedida los testimonios de un cariño cuyo ardor parecía querer triunfar de la muerte. »

M. Viennet, encargado de responder á M. de Carné, animó

la sesión con uno de esos discursos esmaltados de anécdotas, de reticencias y de alusiones que le han hecho una fama imperecedera en estos torneos académicos. Nada mas incisivo que este exordio:

« No hay duda que la perseverancia en el bien, y sobre todo en la afición á las letras y al estudio es una cualidad bellísima; pero por fortuna no estamos reducidos aun á la triste necesidad de convertirla en un título académico, y al atribuirle los sufragios que os han llamado aquí, dáis pruebas de una excesiva modestia. Tened cuidado; no conocéis á vuestro siglo. Debeis tener presente, que si se complace á menudo en rebajar á los que se elevan, no hace siempre como el Dios del salmista, que se complace también en levantar á los humildes, sino que le parece mas original cogerles la palabra. »

Todo lo restante fué digno de esta introducción. Sin elogiar desmesuradamente á su nuevo colega, supo hacer justicia á su laboriosa carrera de periodista y de escritor.

« Nada sería mas fastidioso, dijo con mucha gracia M. Viennet, que un país en donde todo el mundo estuviera de acuerdo; y bajo este concepto no nos hallamos á punto de aburrirnos en Francia. »

Las alusiones políticas fueron tan abundantes como de costumbre, y la asamblea no dejó pasar ninguna sin aplauso. Sabido es que en la Academia reina cierto espíritu de oposición que no desaprovecha las ocasiones de manifestarse. De este modo, cuando entró á tomar asiento M. Thiers, antes de comenzar la sesión, las tribunas le saludaron con una aclamación entusiasta. Ya se anuncia que próximamente tendremos otra recepción, la de M. Dufaure, que bajo el punto de vista político ofrecerá sin duda mayor interés que esta de que nos hemos ocupado.

Los periódicos de la semana han contado una historieta que parece el análisis de una de aquellas comedias de Scribe, en que el acaso desenlazaba del modo mas feliz y mas inverosímil los mas intrincados argumentos. Sin embargo, se trata de un lance verídico en todos sus pormenores. Hé aquí el caso:

Huérfana á diez y siete años, María S..., dotada de un físico agradable, había conseguido, gracias á su buena conducta y á su habilidad de modista, crearse una posición independiente. En una de las tiendas en que se surtía hizo conocimiento con un dependiente llamado Eugenio, que tenía un sueldo bastante crecido, y que un día debía establecerse por su propia cuenta, siendo su padre comerciante en una capital de provincia.

Poco á poco las relaciones de amistad se fueron estrechando entre los dos jóvenes, y por fin se dieron mutuamente palabra de casamiento.

Hace algunos dias María dejó de ver de repente á su prometido, y ya comenzaba á alarmarse con esta ausencia, cuando recibió por el correo una carta que fué para ella un golpe terrible: Eugenio le decía que su padre había llegado á Paris á llevarsele para casarle con la hija de un amigo suyo. Por mas que le había declarado que su corazón estaba comprometido, no había podido ablandar al comerciante, que había tratado su pasión de niñería. Por último, acostumbrado á obedecer, iba á partir al día siguiente con la cruel certeza de que el enlace á que le destinaban haría la desgracia de toda su vida, pues nunca había amado mas que á María, y jamás tendría cariño á otra.

La desesperación de la joven fué tan grande, que resolvió quitarse la vida. Con efecto, despidió á sus obreras, y una vez sola, escribió á Eugenio y confió la carta á su criada, encargándole que no la llevara á su destino hasta la mañana siguiente.

La criada tuvo que hacer un recado por el barrio adonde debía llevar la carta, y creyendo que importaba poco adelantar la hora de la entrega, quiso, como suele decirse, matar dos pájaros con una pedrada, y dirigiéndose al portero del hotel donde Eugenio vivía, le preguntó si podría verle.

— Sí, está en su cuarto con su padre, respondió el portero; y si es importante esa carta que trae Vd. para él, suba Vd. inmediatamente, porque van á marchar de Paris mañana muy temprano.

Siguió el consejo y encontró á los dos hombres haciendo sus baules. Eugenio tomó el mensaje, y apenas le echó una ojeada, le dejó escapar de la mano y cayó sobre un sillón.

El padre le recogió y le leyó; salió inmediatamente, tomó un coche y corrió á casa de la joven.

Después de haber llamado en vano á la puerta, la derribó con ayuda de los vecinos, y encontró á María encima de la cama, á cuyo lado ardía un brasero de carbon. Por fortuna acababa apenas de perder el conocimiento, y los remedios que la prodigaron la devolvieron prontamente el uso de sus sentidos.

Hasta aquí la historia no presenta nada de extraordinario. Es un triste suceso que se repite en Paris harto á menudo, para que ni siquiera llame ya la atención de los aficionados á la crónica cotidiana; entremos pues en la segunda parte.

Eugenio había seguido á su padre, y una vez que el facultativo llamado á toda prisa hubo declarado que la joven se hallaba fuera de peligro, se arrojó á los piés del autor de sus dias exclamando:

— Ya ve Vd. que me ama, puesto que iba á morir por mí. No persista Vd. en hacerme casar con la hija de su amigo, solo porque es rica. María es honrada, virtuosa, yo la amo entrañablemente, y solo con ella encontraré la felicidad.

Conmovid con las súplicas de su hijo y con las lágrimas de María, que habiendo vuelto completamente en sí reunía sus instancias á las de Eugenio, el padre se dió por vencido.

— Corriente, exclamó, os casareis si María pertenece á una familia honrada.

— ¡Ay! Nunca he conocido á mi padre, respondió la joven; mi madre ha muerto hace cinco años, y voy á enseñar á Vd. los papeles que me ha dejado. Existe principalmente una correspondencia que mi madre leía muy á menudo y siempre con lágrimas en los ojos. Las cartas no están firmadas mas que con el nombre de Carlos, pero son de mi padre.

María abrió un mueble y sacó los papeles que entregó al comerciante.

No bien hubo este recorrido aquellas cartas arrojó un grito de sorpresa.

Las fué desdoblado todas con avidez, y presa de la mas viva emoción prorumpió diciendo:

— Eugenio, no puedes casarte con María, porque es tu hermana.

Entrambos jóvenes se quedaron estupefactos.

— Hace veinte años, continuó el comerciante, estaba yo de dependiente también en una tienda de Paris. Un día mi padre llegó de repente á buscarme, como te ha sucedido á tí, Eugenio, y yo, sin atreverme á resistir, marché abandonando á una mujer á quien amaba, Clara S... Esta joven se hallaba á punto de ser madre. Durante mucho tiempo sentí amargos remordimientos por esta acción, aunque me casé tres meses después de mi salida de Paris; pero tu buena madre acabó por hacerme olvidar á la pobre abandonada. Tú viniste al mundo, y ya no pensé mas en la que debió darme mi primer hijo. Eugenio, tú no tienes mas de diez y nueve años, y María debe estar para cumplir los veinte y uno. Estos papeles que acabo de leer, añadió el comerciante, me prueban que María es mi hija.

Los tres actores de tan interesante escena se abrazaron con efusión, y dos dias después marcharon juntos á la ciudad donde vive el comerciante.

M. Alejandro Dumas, que como saben nuestros lectores ha fijado su residencia en Nápoles, envía de cuando en cuando á la prensa de Paris curiosas relaciones sobre los usos y costumbres de su nueva patria. El asunto principal de estas correspondencias es el brigandaje ó bandolerismo napolitano. No hace muchos dias anunció la importante captura del famoso Pilone, especie de Fra Diavolo, que por ahora se encuentra á buen recaudo en las cárceles de Termini con unos cuarenta compañeros de hazañas.

Se cuentan aventuras de Pilone, que verdaderamente parecen invenciones de libretistas de ópera cómica.

Cuando se había puesto precio á la cabeza de Pilone, este, dejando su cuadrilla en el Vesubio, tuvo la osadía de instalarse una noche en un palco del teatro de San Carlos de Nápoles, y en los entreactos entabló una conversación familiar con el capitán de la guardia, á quien manifestó que concluida la función, tenía que incorporarse á un destacamento que infaliblemente debía encontrarse con el bandido Pilone.

Terminada la diversion, Pilone, que se había granjeado la confianza del capitán, le convidó, así como á otros varios oficiales, á tomar con él una taza de café en una casa del camino del Vesubio; y cuando estuvieron cerca del monte donde se hallaban los bandidos, el atrevido bandolero entregó su tarjeta á sus convidados, que se quedaron como quien ve visiones.

Sabido es que Pilone, sin mas ayuda que la de uno de sus subalternos, arrebató en medio del día en uno de los paseos de Nápoles, y en su propio coche, al director del Banco, señor Avitabile, se le llevó á pesar de sus gritos á las soledades del Vesubio, y no le soltó hasta que cobró la mitad de la crecida suma que había exigido por su rescate.

Esta aventura ha suministrado materia á M. Alejandro Dumas para un par de folletines escritos con su gracia característica.

Lo mas curioso es que pasado algun tiempo, como los periódicos difundieron la noticia de que se había pagado íntegro el rescate, Pilone les dirigió un comunicado en que protestaba contra tal aserto, y declaraba cuál era la cantidad que había recibido. La palabra del bandido tenía en el país un crédito tan grande, que se hizo cargo al señor Avitabile de haber robado al ladron, y de haberse guardado la diferencia que resultaba.

Los teatros de Paris no nos han ofrecido esta semana ninguna novedad importante. Unicamente en los Italianos la empresa se muestra afanosa por variar las funciones. Después de la *Sonambula* y del *Barbero*, que han hecho las delicias de los numerosos admiradores de la Patti, se han puesto en escena *Don Pasquale* y *Maria di Rohan*. Adelina Patti es una Norina perfecta, y Mario hace un Ernesto tan seductor como en los tiempos algo lejanos ya, en que Donizetti improvisó en Paris la partitura de *Don Pasquale*, allá por los años de 1843. Mario canta la célebre serenata con tal primor, que el público no se cansa de escucharle y de aplaudirle. Un nuevo buffo, Scalese, ha salido tan airoso en el papel de Don Pasquale como en el de Bartolo. En pocas noches este artista se ha hecho una reputación en Paris que quizás haga olvidar á Zucchini. Por último, Delle-Sedie está muy bien en el papel del doctor Malatesta, todo lo cual quiere decir que la ejecución de la ópera es inmejorable.

En *Maria di Rohan* los honores han sido para la señora Charton, que ha arrebatado al público en el aria del tercer acto. Delle-Sedie ha desempeñado con inteligencia y buen éxito un papel que ha valido á Ronconi tan grandes triunfos en el mismo teatro.

MARIANO URRABIETA.

En la inauguración de la estatua de Murillo.

Triunfa España do quier: á sus guerreros
Valla no encuentra que oponer el mundo,
Sus damas y sus nobles caballeros
En porte y proceder no hallan segundo,
En las letras sus hijos los primeros
Brillan al par, y con ardor fecundo,
Sus sabios y sus místicos doctores
Señálanse entre todos por mejores.

¿Y á impulso el arte de tan alta gloria
La suya no acrecienta? ¿En sus anales
No registra por dicha nuestra historia
Nombre alguno de artistas inmortales
Que á España dando aun nueva victoria
Superaran también á sus rivales,
E hicieran que rayase el arte hispano
Donde nunca alcanzar logró el pagano?

Sí, los registra; y en el sacro templo,
Y en la adorada imágen de María,

Y en el lienzo sublime, raro ejemplo
Y alta muestra se ofrecen á porfia,
Que con ardiente admiracion contemplo
Y en honra ceden de la patria mia,
Del genio que en el arte revelaron
Los que dos hemisferios sojuzgaron.

¡Qué mucho, oh Escorial, que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si la gloria del arte y de los hombres
Halla padron en tí sobre la tierra!
De San Quintin y Herrera tú los nombres
Haces por siempre amar, y aun en la sierra
A cuyo pié te ostentas, ver al claro
Filipo, de la fe sosten y amparo.

¡Qué mucho que la estatua bendecida
De la Reina eternal de tierra y cielo
El sentido suspenda, si es debida
A Montañés insigne, que en el suelo
Copiar logró con mente embebecida
Y ardoroso cincel y santo celo
La cándida expresion, las perfecciones
De Aquella en que agotó el Señor sus dones!

¡Qué mucho, en fin, que Zurbarán, Morales,
Y Pacheco, y Velazquez, y Castillo,
Y Moya, y Cano, y los en nombre iguales
Al cantor de Lepanto, nuevo brillo
Den, cual Valdés, con lienzos inmortales
A la patria! ¡Qué mucho que Murillo
En éxtasis divino huya del suelo
Y el nombre alcance de pintor del cielo!

Del cielo, sí, porque jamás su idea
Cruzó del mal el pensamiento impuro;
Del cielo, sí, porque la luz febea
Es á sus tintas como lampo oscuro;
Del cielo, sí, que quien gozar desea
De la mansion del justo y su bien puro,
Sus cuadros contemplando se extasia
Y cual él faz á faz mira á María.

Tanto alcanza la fe; débese tanto
A su divino influjo, al alto vuelo
Que hácia lo grande, lo sublime y santo
Imprime siempre á quien con vivo anhelo
Pospone todo terrenal encanto
A los goces purísimos del cielo,
Y creyente y sencillo á ella se entrega
Con blando amor y confianza ciega.

Así del gran Murillo el nombre dura
Y sus obras do quier préciense tanto:
Tiénesse así por sin igual ventura
A Dios dar muestra de respeto santo
De su mano ante célica pintura;
Y tal es su atractivo, y tal su encanto,
Que aun al que solo ve la forma en ellas
Le admiran y suspenden por lo bellas.

Yo, donde el Sena la ciudad famosa
Metrópoli del mundo humilde baña,
En torno he visto de la Madre hermosa
Del Salvador, que patrocina á España,
Y que con hábil diestra y amorosa
Pintó Murillo egregio, con extraña
Inquietud, no ya un pueblo congregarse,
Mas cien y cien ansiosos agolparse.

Allí el britano, de su gran riqueza
Cual nunca envanecido, el moscovita
Allí tambien, depuesta la rudeza
Que un tiempo señalara al fiero escita;
Allí, en fin, cuantos muestra de grandeza
Pretenden dar, y á quienes hondo excita
El vivo afan de poseer la santa
Imágen que mi labio ardiente canta.

De Sevilla arrancada en hora triste,
No en franca y noble y generosa guerra,
Mas cuando España con valor resiste
A aquel que en buena lid domó la tierra,
Y á ella tan solo con doblez embiste
Porque ella solo su denuedo aterra,
Orna en París soberbia galería
Que del dueño la muerte deshacia.

¡Oh! si el dolor con su acerado diente
Mi español corazon no destrozara,
Al contemplar entonces que la ingente
Joya acaso por siempre abandonara
El suelo que la vió brotar riante
Al golpe del pincel que la trazara,
¡Cuánto gozado hubiera el alma mia
Al verla objeto de tenaz porfia!

La lucha empieza, y el amor al arte,
El propio amor, de las naciones varias

Los mutuos celos, y el que mueve á amarte
Intimo impulso, oh Virgen, mas contrarias
Que pudo un tiempo el fabuloso Marte
A opuestas gentes que le rinden párias,
Hacen á las entonces allí unidas
Y dieran por triunfar sus propias vidas.

Por el lienzo bellissimo una suma
Ofrécese con ansia generosa,
Multiplícase en breve, y como espuma
Crece, y á cifra llega portentosa,
Acaso ya obtenerlo hay quien presume,
Mas dobla otro la oferta, y rumorosa
La inmensa turba en el estrado suena,
Y en voz de asombro los espacios llena.

Rusia, un prócer britano, y el que lleva
La voz y el cargo del francés museo,
Quedan solos al fin, y en lucha nueva
El lienzo se arrebatan; su deseo
De adquirirlo harto mas el precio eleva,
Vence al cabo el francés, y apenas creo
A mis propios oídos cuando hiere
La cifra en ellos porque el cuadro adquiere (1).

¡Honor, honor eterno al que proclama
De sus pintores príncipe Sevilla!
Himnos alcemos hoy, que ya á su fama
Monumento se eleva donde brilla
Su estatua colosal y el pecho inflama,
Y al recordar sus obras, su sencilla
Y plácida existencia, al hombre amemos
Y al artista, al creyente veneremos.

FERNANDO DE GABRIEL
Y RUIZ DE APODACA.

Sevilla.

La seguridad en la navegacion.

El *Diario de los Debates* ha publicado últimamente un artículo muy digno de atención, porque se halla inspirado en el interés especial del comercio, de la navegacion, del adelanto de las ciencias físicas, del perfeccionamiento de los servicios administrativos, y del deber que incumbe á todas las naciones de cooperar con sus fuerzas á las obras que se ejecutan en bien de la humanidad.

Nuestra época, fecunda en instituciones é inventos, debia serlo tambien en medios de procurar la seguridad á la navegacion; seguridad que se reclama en ella con mayor exigencia que nunca con motivo del grande aumento de relaciones de los continentes entre si y con las islas, de las emigraciones, de la explotacion cada dia mas considerable de nuevos territorios y de la marcha creciente de la civilizacion entre los pueblos salvajes ó cerrados á las comunicaciones con los europeos.

Por esto, desde principios de la misma vemos que se unen á los adelantos de la ciencia meteorológica que manifiesta las leyes de la mayor parte de los fenómenos que se realizan en la atmósfera y en el mar, los inventos en la mecánica, principalmente el del vapor, y la policia marítima de las naciones civilizadas previniendo siniestros con la colocacion de luces y señales en los puntos mas difíciles de las costas, en los bajíos, en los escollos.

A ello se va uniendo en la actualidad los trabajos de los observatorios colocados en las riberas de los mares, en continua comunicacion entre si merced á la relacion que el estado de nuestras costumbres ha permitido que se establecieran entre los sabios de los diversos países y la aplicacion del telégrafo eléctrico, que atravesando el espacio con la velocidad del rayo, se anticipa á la marcha de las tempestades, avisa su aparicion, su intensidad, la rapidez de su paso y direccion á los puertos lejanos, y evita las salidas peligrosas hacia un mar que deja de ser desconocido, y que por lo tanto ofrece menos riesgos.

La propagacion de estos dos últimos medios destinados á dar á la navegacion por los golfos y á lo largo de las costas mayor seguridad de la que hoy cuentan en algunos países, que aun carecen de sus aplicaciones, es lo que nos anuncia el citado artículo, que contiene además una reseña de sus precedentes, de las condiciones de su estado actual y de los beneficios que proporciona.

Se dice en él que los americanos, que se han ocupado de la meteorología preferentemente y con mas constancia, han sido los primeros que han sabido sacar de ella aplicaciones mas útiles, especialmente para conocer los caminos que la naturaleza ha trazado en los océanos, y que han permanecido tanto tiempo ignorados, y para

(1) En la subasta que hará época en los fastos del arte de los cuadros, casi todos españoles, que formaban la célebre galería del mariscal Soult, efectuada en París en 1852, y en la cual tomaron parte hasta naciones, representadas por comisionados especiales, fué adjudicada al de Francia conde de Nieuwerkerke, director de sus museos, la Concepcion, de Murillo, que hoy se admira en el salon cuadrado del del Louvre, en la enorme suma de 615,300 francos, ó sean 2.338,140 rs., incluso ciertos derechos. Esto despues de una lucha empeñadísima, en la que vinieron á quedar por último como contrincantes el comisionado del gobierno francés, un representante de Rusia, y el ilustre inglés lord Hertford.

hacer mas rápida y segura la marcha de tantos buques que recorren su superficie trasportando millares de hombres y de mercancías. «¿Sin la meteorología, añade, sin sus observatorios, sin sus trabajos, hubiera sido posible que el teniente Maury formara su *Sailing directions*, esta guía de los océanos que ha llegado á constituir una obra clásica para todos los navegantes, y este libro tan original é instructivo que él ha llamado *The Geography of the sea*, la geografía del mar? Sin los conocimientos meteorológicos, ¿cómo hubiera podido el teniente Maury, cuando estaba empleado en el Observatorio de Washington, prestar el eminente servicio á que le es acreedora su patria? Le consultó el gobierno sobre la posibilidad de salvar dos buques que habian partido para la California cargados de tropa, y que las noticias del estado del mar indicaban que habian sido envueltos por un terrible huracan, y que desarbolados hacian señales de estar en peligro inminente, sin que hubiese sido posible darles socorro. Estudiando los diversos diarios de navegacion que se le presentaron y la direccion que habia seguido la tempestad, dió á dos buques de vapor, que fueron expedidos á toda prisa, instrucciones tan atinadas que los encontraron en el punto que les indicaba, arrojados por la impetuosidad del viento lejos de los caminos que sigue la navegacion, sin esperanza de socorro y casi en el momento en que iban á ser engullidos por las olas.

» Algunas horas despues hubiera desaparecido para siempre un millar de hombres que fueron felizmente salvados. De la propia suerte en el golfo de Méjico, en el cual los fuertes vientos del Norte causan tan a menudo crueldades siniestros, ¿cuántos buques, cuántos hombres, cuántos cargamentos han debido su salvacion á los útiles avisos que el telégrafo eléctrico corriendo mas veloz que la tempestad comunicaba á Nueva Orleans, á Mobila y á los otros puertos, por órden de los Observatorios meteorológicos de Nueva York ó de Boston?»

Por lo general la Europa ha retardado en participar de las ventajas de estas observaciones y de la trasmision de los mismos desde largas distancias; porque para ello era preciso lo que en otros tiempos fué muy difícil, organizar un servicio para el cual debian ponerse de acuerdo diversos gobiernos, administraciones distintas, sabios de países antagonistas ó poco relacionados entre si; por lo cual no se ha planteado hasta que modernamente se ha arraigado el asentimiento de todos los pueblos civilizados en el reconocimiento del terreno neutral de la ciencia y de la humanidad, que permite el comunicarse, auxiliarse y concretarse los sabios y filántropos de todas partes. Aprovechando estas condiciones favorables, se ha establecido el servicio de observacion meteorológica en toda la costa de Europa que mira al mar del Norte y al Océano Atlántico. No hace mucho que faltaba todavía continuarlo en la costa del Portugal; hoy dia acaba de llenarse este vacío. El joven rey, que antes de subir al trono se habia dedicado á la marina, y sabia por experiencia propia la utilidad que le reporta semejante auxilio, acaba de inaugurar un observatorio meteorológico que ha fundado en Lisboa, bajo la direccion de un sabio ilustre de este país, el señor don Frandesso de Silveira.

Hoy pues, desde Noruega hasta Marruecos, todos los observatorios están relacionados entre si por frecuentes comunicaciones diarias; de manera que no sobreviene una perturbacion atmosférica en esta vasta extension de costas que no sea conocida y comunicada de una á otra parte del continente. Esta riqueza de observaciones, hechas á la vez en diferentes puntos, esta destinada á proporcionar á la ciencia multitud de datos altamente interesantes para su adelanto; en la actualidad es un gran beneficio á la innumerable multitud de pescadores y á los buques que navegan á lo largo de la costa, y esto solo lo recomienda sobremanera á la consideracion pública.

La Inglaterra fué la primera en aprovecharse del ejemplo que le dieron sus antiguos súbditos los pueblos de la Union americana del Norte; á imitacion de ellos ha organizado el servicio de observacion meteorológica y las comunicaciones en toda la extension de sus costas, y sus marinos están acostumbrados á depositar plena confianza en los avisos que les comunican los observatorios por medio de las señales que el almirante Fitzroy hace izar cada dia en un gran número de puertos indicando todas las apariencias del tiempo. Saben ellos por experiencia cuántos siniestros y perances les han evitado, y agradecen esta solicitud que por consideraciones de humanidad, por deber de una perfecta administracion y por conveniencia económica les manifiesta su gobierno.

En Francia, organizado tambien el servicio de observacion meteorológica, y puesto en relacion con el de los demás países en interés del adelanto de la ciencia y de la seguridad de la navegacion, facilita á todas las cámaras de comercio y á todos los puntos importantes de las costas relaciones generales del estado del Océano y mar del Norte, y sus calculos de probabilidad de alteracion en el que baña sus riberas y de los vientos que han de reinar: relaciones que se exponen al público y se insertan en los periódicos, y son el guia, el consultor, la Providencia del pobre pescador, que merced á ellos conoce las alteraciones de los impetuosos elementos á los que va á exponer su vida en la fragil barquilla que constituye toda su hacienda; sabe el naviero el estado general del mar al dar la órden para la partida de su buque; sabe el capitán que se guarece en los puertos perseguido por la violencia de la tempestad hasta cuándo ha de permanecer en su abrigo; y en general al criterio individual sobre la probabilidad de alteraciones



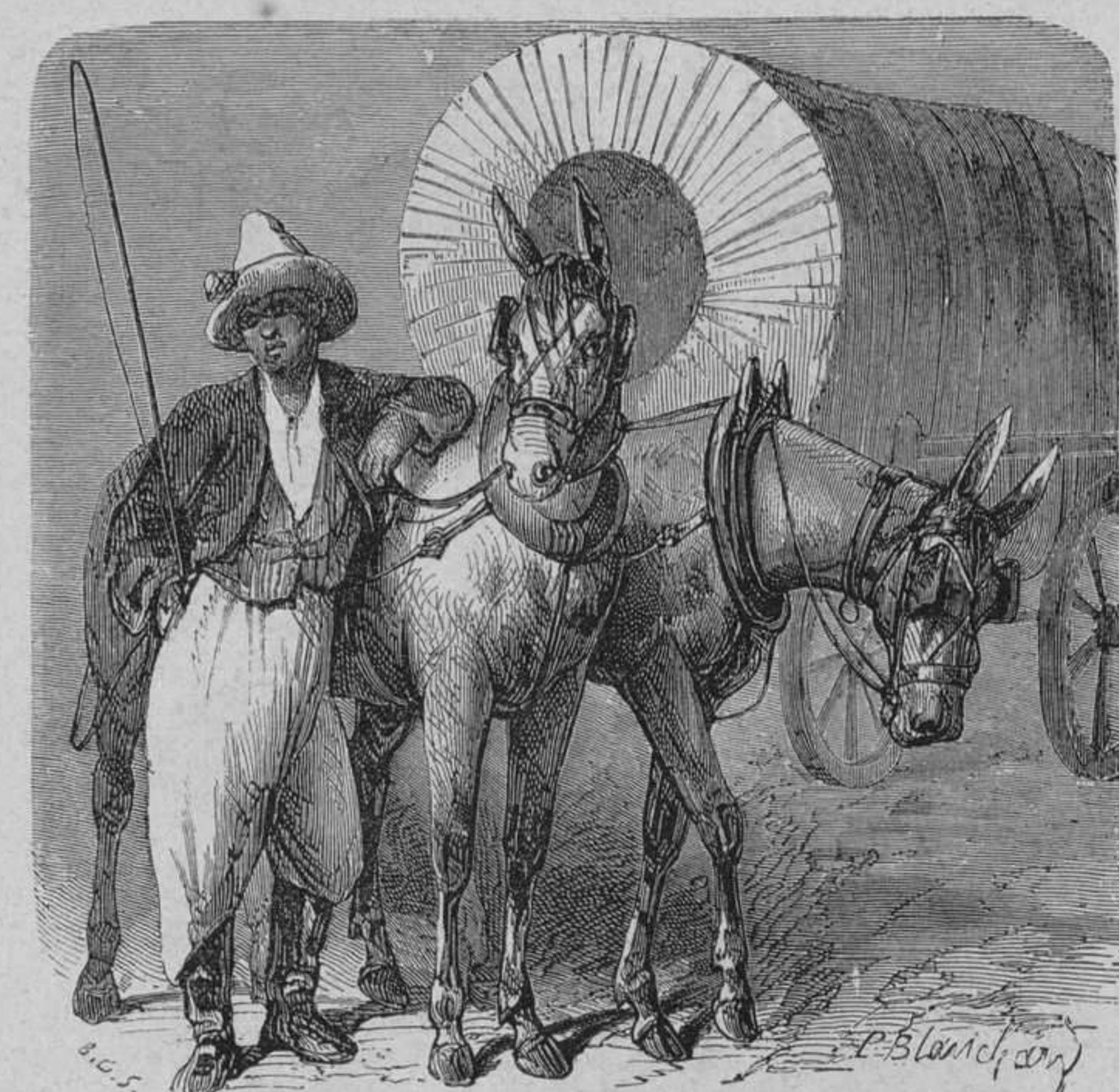
Negros construyendo un camino.



Talleres de los herreros negros.



Los negros en la trinchera.



Negro del tren de equipajes.



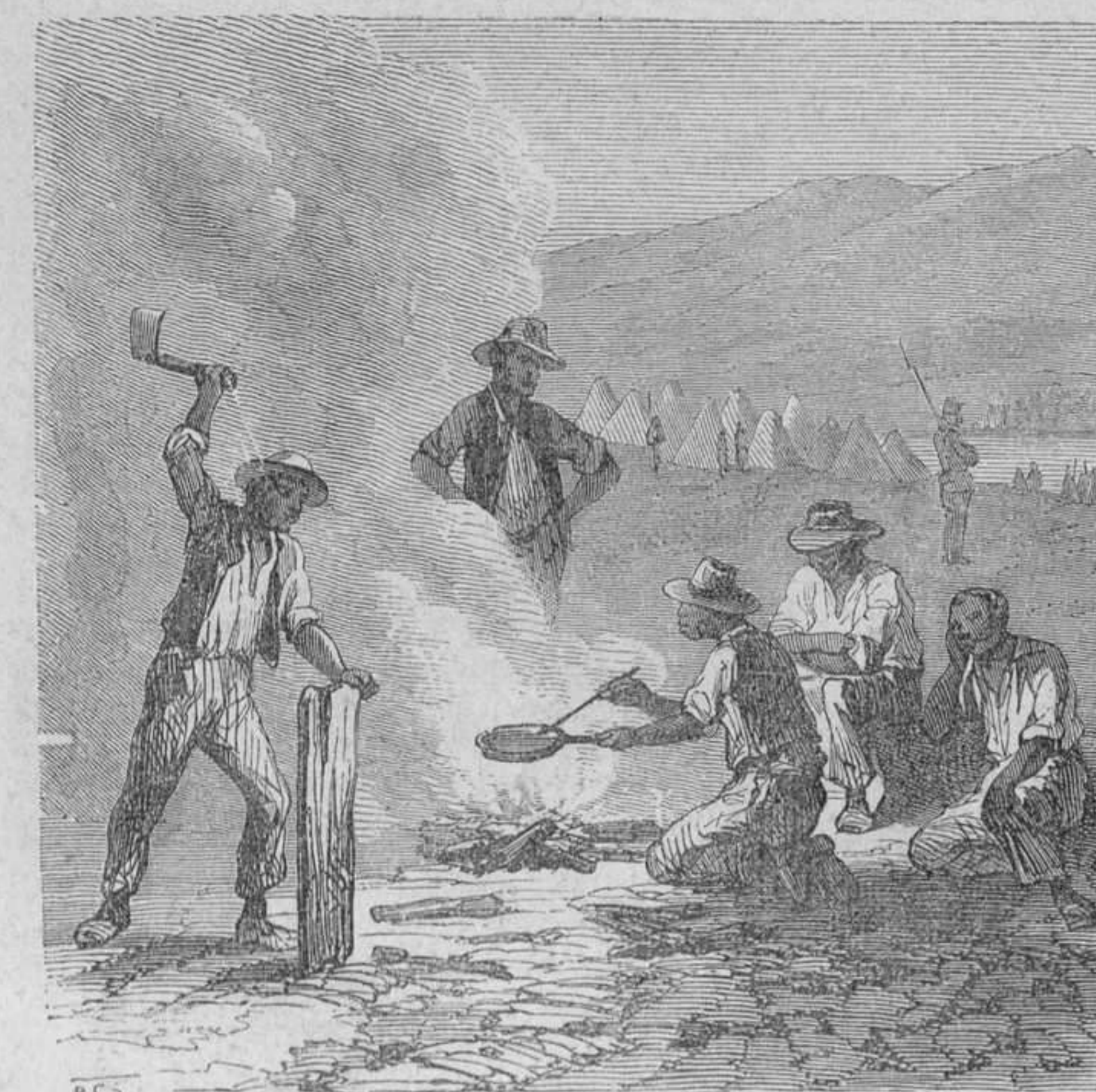
Negro de centinela.



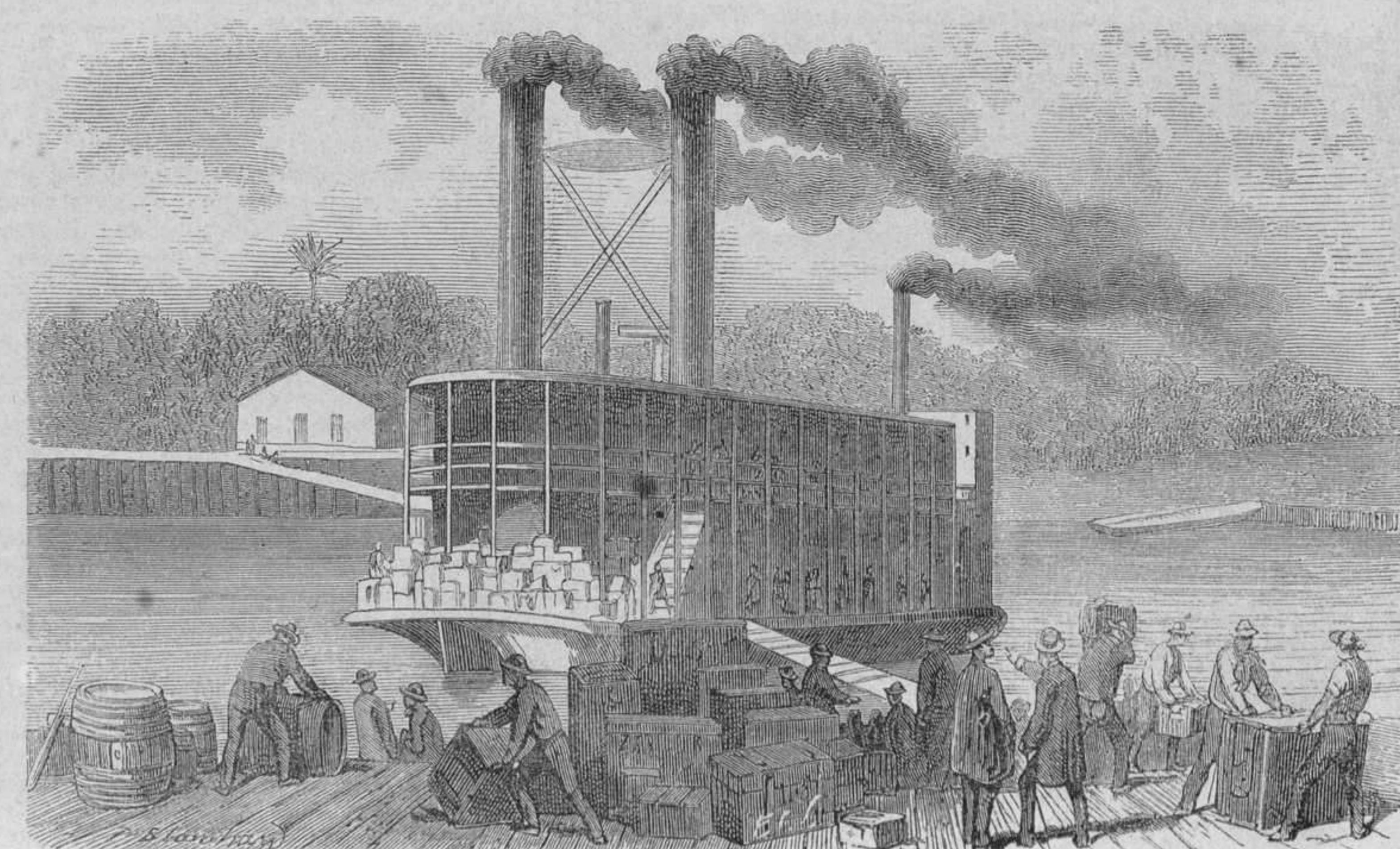
Los negros en la batalla de Milliken's Bend.



Negros exploradores.



Negros haciendo el rancho.



Negros desembarcando las provisiones.



Negros conduciendo el ganado.



Lavanderas negras.

en el mar, en vista de la sola observacion del aspecto que presenta en un solo puerto, de los navieros y capitanes, que puede en ocasiones ser poco conocedor é inexperto, sucede el de las personas sabias situadas constantemente en diversos lugares, provistas de instrumentos mas perfectos, rodeadas de condiciones las mas favorables, puestas en relacion entre sí y disponiendo cada una de ellas en un momento dado de todas las experiencias y noticias que van adquiriendo los demás desde distancias considerables, pudiéndose adelantar á la misma rapidez de los vientos para anunciar su llegada. Véase si no constituye esto uno de los mayores beneficios que puede dispensar la colectividad al individuo, la ciencia á la debilidad y á la ignorancia. Véase si es dado despreciar los dones de la Providencia, los productos de la civilizacion para mejorar la suerte de los que se entregan á los mas rudos esfuerzos en beneficio de sus hermanos.

Ningun gobierno que conozca su mision para con sus súbditos, y sus deberes de contribuir con los otros gobiernos á establecer las instituciones necesarias para el bien de la humanidad, puede contemplar cómo se organiza en todos los restos de los pueblos civilizados este servicio de seguridad para la navegacion, sin apresurarse á prestar su cooperacion en esta gran sociedad de socorros mutuos para poder recibir de ella los beneficios que reclama la proteccion de la vida y de la hacienda de sus administrados.

El reciente ejemplo del rey de Portugal debiera tener imitadores en todos los demás paises. En nuestra España, en particular, debiera continuarse esta red de salvacion que se extiende por las costas occidentales de la Europa, é ir á encontrar los observatorios meteorológicos del Mediodía de la Francia. Conviene que en nuestras plazas marítimas se fije y se inserte en los periódicos el resumen general de las observaciones de los mares, las de nuestras costas y el especial del mar que baña las de cada una, que se anuncie para los que están en alta mar el estado del tiempo por señales izadas en los puntos mas salientes, para que nuestros navieros, nuestros capitanes, nuestros pescadores tengan un guia fijo y seguro, y los capitanes extranjeros no echen de menos en nuestros puertos la buena administracion, los efectos de un gobierno ilustrado y de una nacion civilizada.

ANGEL BAS.

Los negros del ejército federal.

En las dos páginas precedentes hallarán nuestros lectores una serie de dibujos relativos á los soldados negros que figuran en el gran ejército del Potomac, y que en su mayor número cumplen exactamente con los deberes del servicio militar lo mismo que los otros cuerpos. En cuanto á los restantes, es decir, los que no están incluidos en los cuadros del ejército, los emplean para el servicio del campamento; ellos son los que construyen los caminos, los que descargan los vapores, los que conducen los convoyes de abastecimiento, el ganado para el alimento de las tropas, y los que están encargados del cuidado de la cocina. El autor de nuestros dibujos, M. W. Stanley, juzga que son de una grande utilidad en el ejército estos auxiliares negros. S.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Párate! Mira aquí, Juan.
— ¡Una A y una M! dijo Juan tercero leyendo con avidez.

— Alejandro Manette, respondió el tabernero cuyo índice profundamente incrustado de pólvora designaba las iniciales. Las escribió un pobre médico, y no dudo que tambien haria él mismo este calendario. Dame esa barra de hierro.

Defarge llevaba aun en la mano el botafuego y lo cambió por la barra de que iba armado Juan. Volvióse entonces hacia la mesa y el banco y los hizo pedazos.

— Levanta la luz, dijo con impaciencia al carcelero. Registra estos pedazos de madera, Juan, y mira con atencion. Toma mi cuchillo, abre el jergon y examina bien la paja. ¡Mas alta la luz!

Lanzó una mirada amenazadora al carcelero, penetró en la chimenea, alzó los ojos, rompió los barrotes y golpeó en las paredes. Se desprendió un poco de polvo y de cal, y despues de volver la cabeza para evitar que le cayesen en los ojos, registró minuciosamente las cenizas, las aberturas, los agujeros y las mas insignificantes rendijas.

— ¿No has hallado nada en la madera ni en la paja? preguntó Juan.

— Nada.
— Reune todo eso en medio del calabozo y pégale fuego, dijo al carcelero.

Este acercó la antorcha al monton de paja y de fragmentos de madera podrida que ardió inmediatamente. Inclínándose entonces para cruzar la puerta baja, se dirigieron por el mismo camino hacia el patio de la for-

aleza, y parecieron recobrar el oido á medida que se acercaban á las furiosas olas.

Las encontraron agitando con rabia á causa de Defarge, á quien llamaban con rugidos. El arrabal de San Antonio queria que su tabernero se pusiese á la cabeza de la tropa encargada del gobernador, pues sin esta precaucion, aquél hombre que habia defendido la Bastilla y disparado contra los patriotas, no llegaria á las Casas consistoriales donde le esperaban sus jueces, y se salvaria quedando sin venganza la sangre del pueblo que despues de tantos siglos de desprecio adquiria de pronto el valor.

En medio de aquellas bocas que aullaban y de aquellas caras convulsas que rodeaban al gobernador, á quien solo se le reconocia desde lejos por su uniforme azul y su cinta encarnada, se destacaba una mujer de rostro impassible.

— ¡Allí está mi marido! gritó designando al tabernero.

Despues se acercó al anciano oficial; permaneció á su lado hasta el momento en que principió á salir el cortejo; no se separó de él en las calles por las cuales le conducia un grupo de patriotas que llevaba á su cabeza á Defarge; permaneció tambien á su lado tranquila y fria cuando empezaron á herirle; á su lado é impassible siempre mientras la sangre brotaba á torrentes, y tan cerca de él en fin cuando cayó, que animándose de un furor súbito, le puso el pié sobre el cuello, y le cortó la cabeza con su cuchillo afilado.

Habia llegado la hora en que el arrabal de San Antonio iba á colgar hombres donde colgaban los faroles, para demostrar lo que era y lo que podia ser. El arrabal tenia la sangre hirviendo, en tanto que la sangre de la tiranía se helaba en la puerta de las Casas consistoriales donde yacia el cadáver del gobernador, y se helaba bajo el pié de la señora Defarge que habia sujetado con la suela de su zapato el cuerpo de la victima para mutilarlo mas fácilmente.

— ¡Bajad el farol! gritó el arrabal de San Antonio despues de buscar un nuevo instrumento de suplicio. ¡Ahí teneis un soldado que debe subir á su puesto!

El centinela se balanceó en el aire y siguió su curso el oleaje, ese mar oscuro y amenazador cuyas olas destructoras se empujan con furia, cuya profundidad no se ha sondeado nunca, y cuya fuerza no adivinó aun nadie; oleaje ciego y sin remordimiento, océano implacable, del cual se alzan brazos inflexibles, gritos de odio y de venganza, y rostros tan endurecidos por la miseria, que la compasion no puede ya marcar en ellos su sello.

Entre aquellas cabezas en que brillaba el furor unido á la embriaguez del triunfo, se veian catorce, divididas en dos grupos y cuyas facciones palidas, rigidas y sin expresion contrastaban notablemente con el exceso de vida que rebotaba en los demás. Nunca el océano iritado arrojó de sus aguas restos mas memorables: siete presos, cuyo sepulcro acababa de romper la tempestad, aparecian sobre la turba, aterrados y preguntándose si habia llegado su última hora, y si la alegría salvaje que manifestaban por su libertad era la de los espíritus infernales, y detrás de ellos siete cabezas que dominaban á las demás, siete cabezas cadavéricas cuyos párpados esperaban para levantarse la hora del juicio supremo, siete máscaras inmóviles cuya expresion no estaba destruida, sino suspendida, como que sus ojos, cerrados un instante, debjan volver á abrirse, y su livida boca gritar: — Tú has hecho esto.

Siete cabezas sangrientas, siete presos llevados en triunfo; las llaves de las ocho torres de la fortaleza maldita; algunas cartas, algunos recuerdos de antiguos cautivos muertos mucho tiempo hacia de desesperacion; hé aquí lo que escoltaba en catorce de julio de mil setecientos ochenta y nueve el arrabal de San Antonio, cuyos ruidosos pasos repetia el eco.

¡Permita el cielo que la idea de Lucia Darnay sea un error; que aquellos pasos, lejos de penetrar en su vida, se alejen de ella, porque derrocan furiosos y rápidos cuanto encuentran, y su huella, enrojecida esta vez, no de vino, sino de sangre, se borrará difícilmente!

CAPITULO XXII.

CRECE LA TEMPESTAD.

Habian trascurrido apenas ocho dias desde que el arrabal de San Antonio embriagado de alegría, dulcificaba la amargura de su pan negro y duro, y suplía la frugalidad de su comida con abrazos fraternales, cuando encontramos nuevamente á la señora Defarge en su mostrador presidiendo como de costumbre el servicio de la taberna. No adornaba rosa alguna su cabeza, porque el gremio de los agentes de policia manifestaba hacia ocho dias una extrema repugnancia en visitar los dominios del santo patron, y los reverberos de sus angostas calles tenian un balanceo de funesto augurio para ellos.

La señora Defarge estaba sentada con los brazos cruzados, respirando el aire fresco y luminoso de la mañana, y lanzando vagas miradas á la tienda y á la calle. En una y otra se veian algunos grupos de ociosos descarnados y mugrientos, pero en los cuales dominaba el sentimiento de la fuerza al de su miseria. La gorra de algodón roto que cubria ladeándose al mas miserable de aquellos ociosos parecia decir: — Sé que me es difícil á mí que llevo este harapo, sostener la vida en mis venas; pero ¿sabeis cuán poco me costaria extinguirla en las vuestras?

Cada brazo desnudo y flaco que mas de una vez ha-

bia estado sin trabajo, sabia que á falta de otra ocupacion podia herir, y los dedos de las mujeres habian adquirido la experiencia de que lo mismo sabian hacer media que desgarrar.

Se habia verificado una trasformacion profunda en el aspecto del arrabal de San Antonio; hacia siglos que se estaba trabajando allí sin descanso, pero los últimos martillazos habian hecho resaltar poderosamente la expresion de la efigie. La señora Defarge lo advertia con un sentimiento de aprobacion reprimida, como correspondia al jefe de las mujeres del barrio. Una de sus colegas hacia media á su lado: era la obesa y rubicunda esposa de un pobre droguero, madre de dos hijos, y que en el desempeño del cargo de segunda de la tabernera, se habia conquistado ya el lisonjero sobrenombre de la Venganza.

— ¿No oyes? dijo esta mujer.

Como un reguero de pólvora que desde el extremo del arrabal hubiera llegado hasta la puerta de la taberna y se hubiese inflamado de pronto, venia un murmullo creciendo desde los limites de San Antonio.

— Es Defarge, dijo la tabernera. ¡Silencio, patriotas!

Defarge entró sin aliento, se quitó el gorro encarnado y miró en torno suyo.

— ¡Escuchadle! dijo su mujer.

En pié y jadeante se destacaba en un fondo de miradas inflamadas y labios entreabiertos agrupados fuera de la puerta.

— ¿Qué sucede? preguntó la tabernera.

— Traigo noticias del otro mundo.

— ¡Del otro mundo! repitió la señora Defarge con desden.

— ¿Hay aquí alguno que se acuerde del viejo Foulon, aquel miserable que respondió que si el pueblo se moria de hambre comiese yerba? Habia muerto y habia partido para el infierno, añadió Defarge.

Nadie habia olvidado á Foulon.

— Hay noticias de él.

— ¿No murió? exclamaron todas las voces.

— ¡Insensatos! Tenia tanto miedo de nosotros, y con razon, continuó el tabernero, que se hizo pasar por muerto y se mandó celebrar un magnifico entierro, pero vive como nosotros. Le han encontrado en una aldea donde estaba oculto, y le han traído; le acabo de ver. Le han conducido á las Casas consistoriales, donde muy pronto quedará despachado. Razon tenia de temernos; ¿no es cierto que tenia razon?

Si aquel anciano de setenta años hubiera podido dudar de lo que tenia que temer, se habria convencido al oír la imprecacion que respondió al tabernero.

Un profundo silencio siguió al tumulto. Defarge y su mujer se miraron, la Venganza bajó los ojos, y se oyó el sordo redoble de un tambor que tenia debajo de la mesa.

— Patriotas, dijo el tabernero con voz firme, ¿estais prontos á seguirme?

La señora Defarge se puso en el cinturon su cuchillo, resonó el tambor, la Venganza lanzó gritos agudos, y agitando los brazos sobre su cabeza, llamó de puerta en puerta con furia.

Los hombres, terribles de cólera, se asomaron á las ventanas, tomaron las armas y se precipitaron á la calle. Las mujeres, cuyo aspecto hubiera helado de espanto á los mas osados espectadores, dejaron las ocupaciones á que las sujetaba la pobreza, sus hijos, sus padres y sus enfermos que yacian desnudos y hambrientos sobre duros jergones, y corrieron con los cabellos despeinados, embriagándose de odio, lanzando gritos salvajes y aumentando su delirio con su mutua furia: — ¡El odioso Foulon está preso, hermana! ¡El infame, el perro, el hijo del diablo está preso, madre!

Y corrian desgarrándose el pecho y mesándose los cabellos.

— ¡Foulon vive! ¡Foulon que cree que el pueblo solo vale para comer yerba, que me lo dijo cuando no tenia pan para mi anciano padre! ¡Foulon, que tuvo valor para decirme que mi hijo podia chupar yerba cuando se secó mi seno! ¡Miserable! ¿Lo oyes, hijo mio, pobre hijo mio que sucumbiste de hambre? ¿Lo ois, padre mio, que agonizasteis tanto tiempo y a quien juré de rodillas sobre las frias losas que os vengaria de ese Foulon? Esposos, hermanos, dadnos la sangre de Foulon, dadnos su corazon, dadnos el cuerpo y el alma de ese monstruo para que lo hagamos pedazos, y con nuestras uñas le abriremos una tumba donde se hartará de yerba.

Y exaltadas hasta la rabia, saltaban, daban vueltas aullando y atropellando á sus propios amigos, y algunas se desmayaron y hubieran sido pisoteadas á no haberlas levantado del suelo los hombres.

Sin embargo, no se perdió un minuto ni un segundo. Aquel Foulon estaba en las Casas consistoriales y podia ser puesto en libertad... ¡No! ¡no! El arrabal de San Antonio se acordaba mucho de lo que habia padecido para desistir de su venganza.

La multitud al precipitarse con violencia atrajo en pos la hez del barrio con una fuerza tal de aspiracion, que en menos de un cuarto de hora no quedaron allí mas que algunos enfermos y los niños en la cuna.

Llenaban ya el espacioso salon donde estaba el viejo Foulon y llegaban hasta las calles inmediatas. Los Defarge, marido y mujer, la Venganza y Juan tercero se hallaban en primera fila y á corta distancia del odioso acusado.

— ¿Le veis? gritó la señora Defarge designando al contralor general con la punta del cuchillo; ¡allí está el monstruo! Debieran haberle cargado con un haz de yerba; que le den yerba y que coma.

Y colocándose el cuchillo debajo del brazo aplaudió como en el teatro.

Los hombres que estaban detrás de ella explicaron el motivo de su satisfacción a los que se hallaban detrás de ellos, y de grupo en grupo los aplausos resonaron hasta en las calles inmediatas. De este modo se transmitieron a lo lejos las palabras que durante tres horas arrancaba la impaciencia a la señora Defarge, y la rapidez de la comunicación era tan prodigiosa, porque algunos hombres encaramados en las cornisas exteriores, dirigían sus miradas por las ventanas, y dominando a la multitud, formaban un telégrafo humano entre la taberna y las masas que se extendían por las calles.

Por fin un rayo de sol que al medio día penetró en el salón, cayó directamente sobre la cabeza del anciano y pareció protegerle.

Este favor excitó la desesperación del populacho; la frágil barrera, que por milagro estaba aun en pie, se hizo pedazos, y el arrabal de San Antonio se apoderó del preso.

Se supo inmediatamente, hasta en las últimas filas de la multitud, que Defarge había saltado la barandilla y la mesa y había dado un abrazo mortal al desventurado Foulon, y que la señora Defarge había seguido a su marido y había puesto la mano en una de las cuerdas que ataban al preso.

Juan tercero y la Venganza no habían tenido aun tiempo para acercarse, y los hombres que estaban en las ventanas no habían podido saltar al salón, cuando los gritos de: ¡A la linterna! ¡a la linterna! resonaron y se propagaron por toda la ciudad.

Le arrojan al suelo, le arrastran a la escalera, ya de rodillas, ya sobre las manos, ya de espaldas, ya boca abajo, le pegan y le arrojan a la cara puñados de heno y de paja. El desventurado, pálido y sin aliento, con el rostro y las manos ensangrentadas, suplica, implora, ó levantándose con un esfuerzo de energía siempre que retroceden para mirarle, lucha con desesperación. Finalmente, arrastrado como un madero al través de millares de piernas, le llevan a una esquina inmediata donde se balancea un reverbero.

Al llegar allí la señora Defarge le suelta, como hubiera hecho un gato con un ratón, y le contempla con sangre fría, mientras él se esfuerza en enternecerla. Las mujeres le miran y le lanzan injurias, y los hombres piden que muera con la boca llena de yerba.

Le cuelgan, pero la cuerda se rompe.

Vuelven a colgarle y vuelve a romperse la cuerda, y le levantan entre furiosos alaridos.

Finalmente, la tercera cuerda tiene piedad de él y le estrangula.

Clavan su cabeza en el extremo de una pica y llenan su boca de yerba.

Al verla, la turba lanza gritos de alegría y baila con embriaguez.

No había terminado aun la sangrienta tarea de aquel día. El arrabal de San Antonio se había exaltado tanto bailando y gritando, que hirvió su sangre cuando le anunciaron que llegaba bajo escolta de quinientos caballos el yerno de Foulon, otro enemigo del pueblo.

El arrabal de San Antonio, después de apuntar en deslumbrantes hojas de papel los crímenes del yerno, corrió a prenderlo en medio de los quinientos guardias — lo hubiera arrebatado a un ejército — para ahorcarlo en compañía de su suegro. Su cabeza y su corazón fueron puestos en el extremo de una pica y paseados por la ciudad como trofeos de la victoria.

Era de noche cuando los habitantes del arrabal volvieron adonde les esperaban sus hijos en la cuna llorando de hambre. Asaltaron entonces las panaderías, y esperaron en las puertas de las tiendas con paciencia que les tocara el turno. En tanto, con el estómago vacío y el cuerpo desfallecido, se abrazaban unos a otros dándose la enhorabuena, y hablaban para matar el tiempo.

Aquellas largas hileras de harapientos fueron disminuyéndose poco a poco hasta que desaparecieron; pálidos resplandores brillaron al través de las ventanas, se encendieron hogueras con algunos restos de muebles viejos en las calles, guisaron en ellas en común, y cenaron delante de sus puertas.

Cenas miserables, exentas de toda especie de carne y sin tener mas salsa que un poco de agua en la sopa. Pero una profunda sociabilidad, una fraternidad real daba al pan negro la sustancia nutritiva y hacia brotar una alegría franca y espontánea. Padres y madres que habían tomado una parte activa en los asesinatos, jugaban con sus niños y los cubrían de besos, y en aquella situación terrible, ante semejante porvenir, los enamorados amaban y esperaban.

Despuntaba el alba cuando Defarge, cuyos últimos parroquianos acababan de retirarse, dijo a su mujer pasando el cerrojo a la puerta:

— Llegó por fin la hora del triunfo.

— Apenas principia, respondió la tabernera.

Todo quedó dormido en San Antonio, incluso Defarge y su mujer. Hasta la Venganza yacía en brazos de profundo sueño y descansó el tambor, que era la única voz robusta del barrio en el motín.

CAPITULO XXIII.

SUBEN LAS LLAMAS.

También se había verificado una transformación en la aldea donde murmuraba la fuente y de la cual salía todos los días el caminero para ir a extraer de los gui-

jarros el escaso pan que retenía su alma ignorante en su cuerpo empobrecido. La cárcel edificada en el peñasco tenía un aspecto menos aterrador que en otro tiempo, pues aunque todavía la custodiaban soldados, era en menor número, y entre los oficiales que mandaban a los soldados, ni uno solo podía asegurar lo que harían sus hombres en caso de ataque, y sospechaban que no harían lo que les mandasen.

En el campo reinaban la ruina y la desolación. Todas las hojas, todas las matas de yerba y las espigas de cebada ó de centeno estaban agostadas como los habitantes de la aldea. Casas, vallados, animales domésticos, hombres, mujeres y niños, y hasta el suelo que sostenía su miseria, todo cuanto abarcaba la mirada era pobre, débil y moribundo.

Su Excelencia (como individuo, caballero perfecto muchas veces) era un tesoro nacional, que sabía dar un aspecto de magnificencia a las acciones mas sencillas, era el modelo de la cortesía refinada y de la vida elegante y espléndida, y servía para otras mil cosas de la misma importancia; pero considerado como clase social había sido la causa de tan desastrosa miseria. ¿No es extraño que la creación, exclusivamente destinada a Su Excelencia, se hubiera agostado bajo la presión que la estrujaba y aplastaba? Forzoso es que hubiera muy poca previsión en los arreglos eternos.

El hecho existía sin embargo, y las venas exprimidas no daban ya una gota de sangre, las mandíbulas después de haberlo molido todo, no tenían ya que moler, y Su Excelencia había huido del sitio donde se presentaba este espectáculo tan imprevisible como implacable.

Pero no era esto lo que constituía la transformación de que hemos hablado al principiar el capítulo, transformación que se veía en muchas otras aldeas. Hacía mucho tiempo que Su Excelencia había hecho producir a sus haciendas todo lo que podían dar, y era raro que las favoreciese con su presencia, a excepción de las ocasiones en que se entregaba a los placeres de la caza, ora persiguiese a los hombres, ora atacase al ciervo ó a la liebre, cuya conservación exigía la reserva de terrenos considerables condenados a una bárbara esterilidad.

Lo que transformaba la fisonomía de aquella aldea era la aparición de extrañas figuras que pertenecían a la infima plebe, y no la desaparición de las facciones de noble estirpe que caracterizaban a Su Excelencia. Vamos a demostrarlo.

Nuestro caminero estaba trabajando en medio de un torbellino de polvo, sin pensar que era polvo y se había de convertir en polvo, y pensando en cambio en lo poco que tenía para comer y en todo lo que comería si pudiera disponer de mas comida. Levantó los ojos, los apartó de su trabajo solitario para contemplar el horizonte, y vió un viajero que se dirigía hacia él, una de aquellas figuras que eran tan raras en otro tiempo en aquel sitio y cuya presencia era ahora tan frecuente. El viajero se acercó, y nuestro caminero vió sin sorprenderse que era un hombre de elevada estatura, aspecto severo, miradas hoscas, tez morena, cabellos en desorden, zapatos toscos, y vestido harapiento impregnado del polvo de los caminos, manchado con el lodo de los charcos y erizado de espinas, hojas y musgo recogidos en los bosques y al través de las malezas.

Aquel hombre se dirigió como un espectro hacia el caminero, y le alcanzó en el momento de acurrucarse en una de las cavidades del margen para resguardarse del granizo que principiaba a caer en abundancia.

El forastero miró al caminero y miró la aldea en el valle y la torre que dominaba el cerro, y después de este reconocimiento, tomó la palabra en un dialecto apenas inteligible.

— ¿Cómo va, Juan?

— Todo va bien, Juan, respondió el caminero.

— ¡Aprieta!

Se dieron la mano, y el viajero se sentó al lado del campesino.

El sol estaba en el cenit y debían ser las doce del día.

— ¿No comes?

— No, no comeré hasta la noche, dijo el labriego con ademan hambriento.

— Es la moda, murmuró el viajero; en ninguna parte he encontrado gentes que coman.

Sacó del bolsillo una pipa ennegrecida, la llenó lentamente, encendió yesca y chupó hasta que el tabaco quedó completamente encendido. Sacándose entonces de la boca, arrojó en ella unos granos de pólvora que se inflamaron de pronto y produjeron una pequeña columna de vapor encendido.

— ¡Aprieta!

Esta palabra la pronunció el campesino después de observar atentamente la operación.

— ¿Esta noche? preguntó después de estrecharle la mano.

— Esta noche, respondió el forastero volviéndose a poner la pipa en la boca.

— ¿En dónde?

— Aquí.

Los dos Juanes guardaron silencio mientras cayó sobre ellos el granizo, pero luego que se despejó el cielo se pudo ver distintamente la aldea, y el desconocido dijo al caminero después de subir al extremo de la colina:

— Enséñame el camino.

— Seguirás la carretera, respondió el aldeano, cruzarás toda la calle, pasarás junto a la fuente...

— Yo no entro en las calles ni me acerco a las fuentes, dijo el viajero interrumpiéndole y mirando la camina. ¿Y después?

— Andarás unas dos leguas mas hasta el otro lado del monte.

— Bien. ¿A qué hora dejas el trabajo?

— Al anoecer.

— ¿Quieres despertarme antes de partir? Hace dos días y dos noches que ando sin descansar ni dormir. Déjame fumar mi pipa y dormiré como un niño. ¿No te olvidarás de despertarme?

— No me olvidaré.

El viajero fumó su pipa, la guardó en el pecho, se quitó los zapatos, se acostó sobre un montón de piedras y se durmió al momento.

Las nubes se habían desgarrado y dejaban aparecer brillantes líneas de azul, a las cuales correspondían en el paisaje islas de vivo resplandor. Nuestro campesino, que había sustituido su gorro azul con otro encarnado, había continuado su trabajo y parecía fascinado por el hombre que dormía sobre el montón de piedras. La tez morena, los cabellos negros y la revuelta barba del viajero, su gorro encarnado, su extraño traje de lienzo toscos y de piel de carnero, su cuerpo robusto, enflaquecido por el ayuno, sus labios comprimidos con fuerza y su ademan implacable aun durante el sueño inspiraban al caminero un respeto mezclado de temor.

El viajero venía de lejos; sus pies estaban desgarrados y sangrientos, sus enormes zapatos llenos de yerba le habrían pesado mucho durante tan largo viaje, y su carne tenía tantas llagas como agujeros su vestido.

El caminero trató de descubrir si llevaba armas secretas, pero se inclinó en vano para mirar debajo de la zamarra del viajero, porque este tenía los brazos cruzados sobre el pecho y tan apretados como los labios. Las plazas fuertes con sus trincheras, sus cuerpos de guardia, sus baluartes y sus puentes levadizos parecieron al campesino fantasmas en comparación de aquel hombre, y cuando alzó los ojos para mirar a lo lejos, vió en su apagada imaginación otros hombres igualmente intrépidos que se dirigían hacia todos los puntos de Francia y que ningún obstáculo podía contener.

El viajero continuó durmiendo hasta el momento en que el sol desapareció en el horizonte, sin hacer caso de la lluvia que a intervalos arrojaban las nubes, del sol y de la sombra que pasaban sobre su rostro, ni del granizo que caía sobre él y se transformaba en diamantes cuando la luz brillaba en el cielo.

Después de recoger sus instrumentos, el caminero le despertó como habían convenido.

— Gracias, dijo el viajero apoyándose en el codo. ¿Dices que está a dos leguas al otro lado del valle?

— Unas dos leguas.

— Bien.

El caminero, precedido por el polvo que el viento empujaba, llegó muy pronto cerca de la fuente, y penetrando entre las vacas que estaban allí para abrevarse, pareció confiarles su secreto al mismo tiempo que se lo comunicaba a la aldea.

Cuando todo el mundo acabó su parca cena, en vez de irse a dormir como de costumbre, salió a la calle y se formaron corrillos. ¡Cosa extraña! La manía de hablar en voz baja y al oído del vecino había llegado a ser contagiosa para nuestros aldeanos, cuyas miradas se dirigían hacia un mismo punto.

Esto alarmó a M. Gabelle, primer funcionario de la comarca, el cual subió al tejado para mirar hacia el mismo punto del cielo, y después de dirigir sus miradas a sus administrados, envió a decir al sacristán que guardase las llaves de la iglesia y que no se sorprendiese si le mandaba tocar a rebato.

La oscuridad era por momentos mas densa, y los árboles que cercaban el castillo y lo separaban del resto del valle, se agitaron bajo los primeros esfuerzos de la tempestad y parecieron amenazar el edificio señorial, cuya negra masa aparecía en la sombra. La lluvia cayó después con violencia, bajó como un torrente por las dos escaleras de piedra y azotó las ventanas y las puertas como un mensajero rápido que quiere despertar a los que debe avisar. Bocanadas de viento plañideras corrieron por el gran salón entre las lanzas y cuchillos, cruzaron la escalera sollozando, y sacudieron las cortinas del lecho donde dormía en otro tiempo el marqués.

(Se continuará.)

Los hermanos Schlagintweit

Y SU VIAJE A LA INDIA.

(Primer artículo.)

Los señores Schlagintweit, tan conocidos por sus viajes y por la importancia de las obras que han sido el resultado de sus exploraciones, forman una familia muy notable de sabios y de artistas. Son tres hermanos, Herman, Adolfo y Roberto, que han puesto en común su ciencia, sus luces y su talento, con el objeto de explorar y describir las regiones de la Alta Asia, y esta asociación ha producido una de las expediciones geográficas mas interesantes de nuestra época. Otro hermano, el mas joven, Emilio, ha contribuido por su parte a tan vasta empresa, y ha puesto en obra los materiales recogidos por sus hermanos mayores, y sobre todo lo relativo a la religion del Tibet.



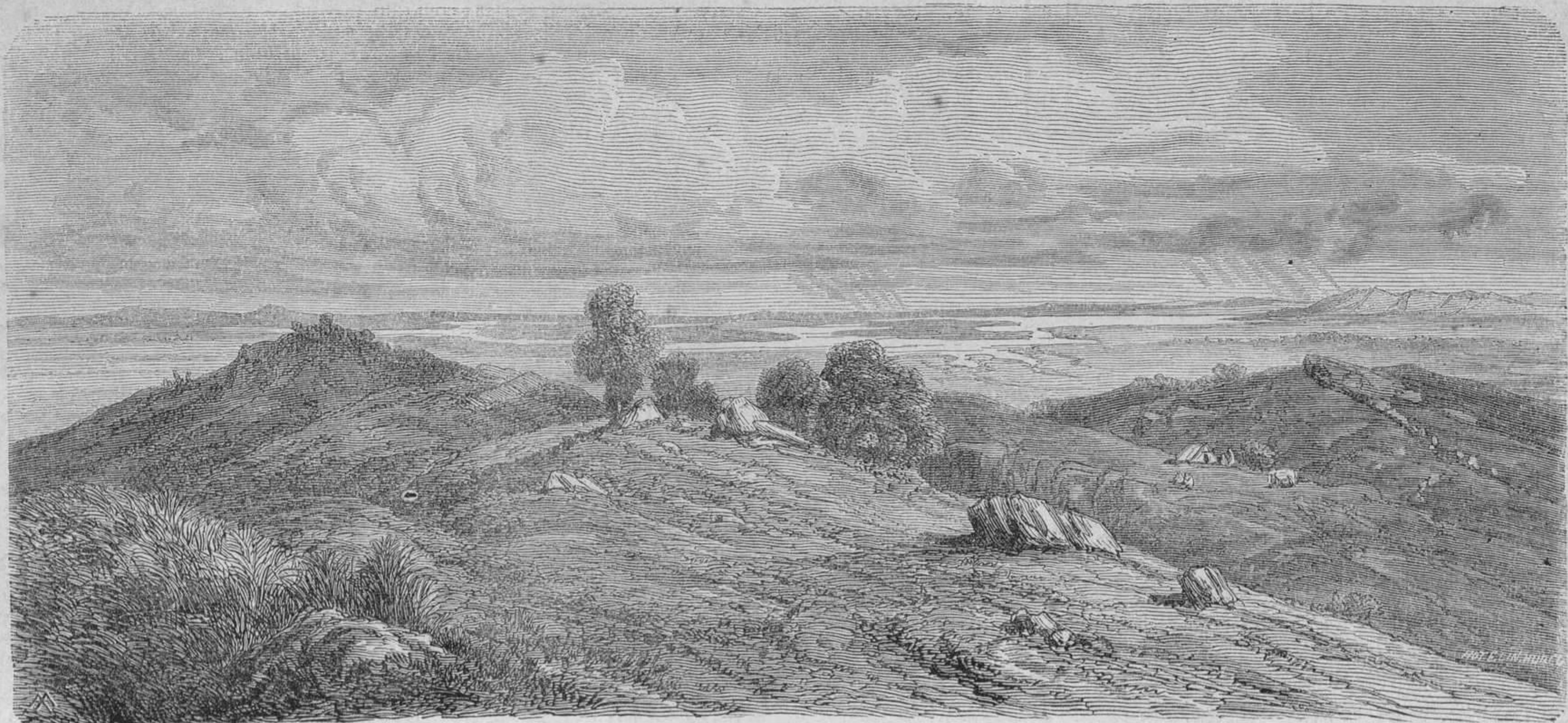
VIAJE A LA INDIA DE LOS HERMANOS SCHLAGINTWEIT. — Habitaciones shingalesas cerca de Galle, en Ceilan.

Los Schlagintweit son hijos de un consejero bávaro: nacidos en Munich, esa Atenas de la Alemania donde tantos objetos artísticos y científicos se ofrecen a las miradas, manifestaron desde la niñez una afición pronunciada al estudio de las ciencias naturales y á la reproducción de las grandes escenas de la naturaleza. Esta doble inclinación se patentiza en su primera publicación debida á los dos hermanos mayores, Herman y Adolfo, sobre la *Geografía física de los Alpes* (Leipzig, 1850, en alemán). Aun estaban en la universidad cuando hicieron las exploraciones necesarias para esta obra. Humboldt les animó y les secundó en su tarea. Después



Aldea de Mangeldai en el Assam.

de haberse ocupado principalmente de las cordilleras orientales, pasaron en 1851 al exámen de la parte occidental de los Alpes, con cuyo motivo visitaron el Piemonte, la Saboya y la Francia: el monte Rosa, entre el Valais y los Estados sardos, fué el centro de sus excursiones y de sus observaciones. Estos dos jóvenes y fogosos viajeros fueron los que escalaron la cumbre mas alta del monte Rosa (23 de agosto de 1851), y los primeros que midieron exactamente la altura de este monte, para lo cual pasaron quince dias en una horrible choza sobre el vertiente sudeste de ese gigante de los Alpes, á 3,244 metros de elevación.

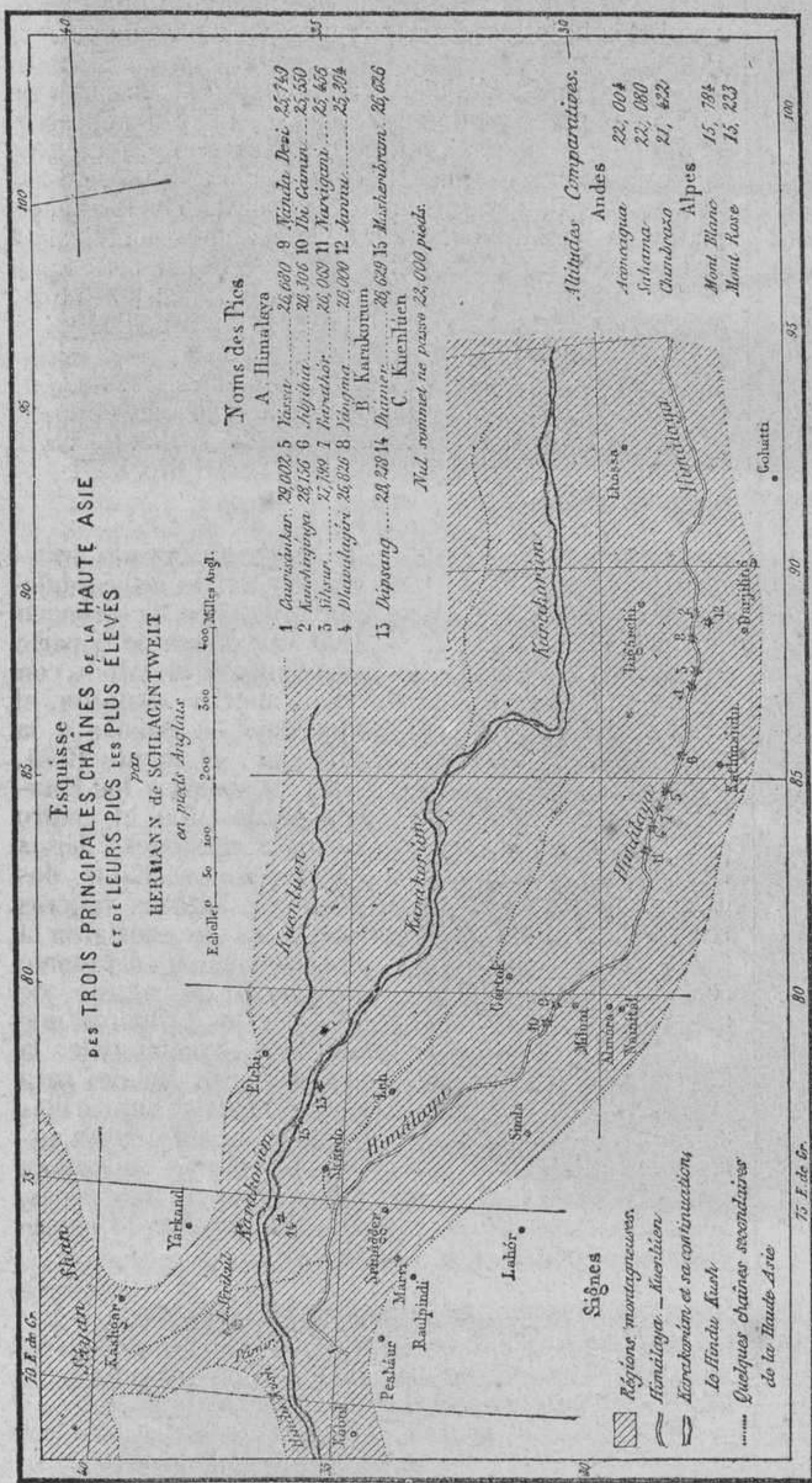


Vista de Brahmapoutre cerca de Tezpur en Assam.

Después de haber hecho otro viaje á los Alpes bávaros, dieron á luz un complemento de su primer trabajo: *Nuevas investigaciones sobre la geografía física y la geología de los Alpes*, magnífica obra en que probaron su talento de dibujantes no menos que sus conocimientos sólidos y variados. Estos dos volúmenes, que fueron acogidos con mucho favor por el mundo sabio en Alemania y en el extranjero, contienen descubrimientos importantes sobre el movimiento de los ventisqueros. En cuanto á los paisajes y las vistas que les acompañan, sería injusto pasarlos en silencio, aun después de los panoramas de la Alta Asia y de la India, que posteriormente han publicado.

Nos ha parecido oportuno consignar aquí estos hechos antes de hablar del gran viaje que los hermanos Schlagintweit emprendieron luego á la India, y cuya suntuosa publicación se está llevando á cabo actualmente.

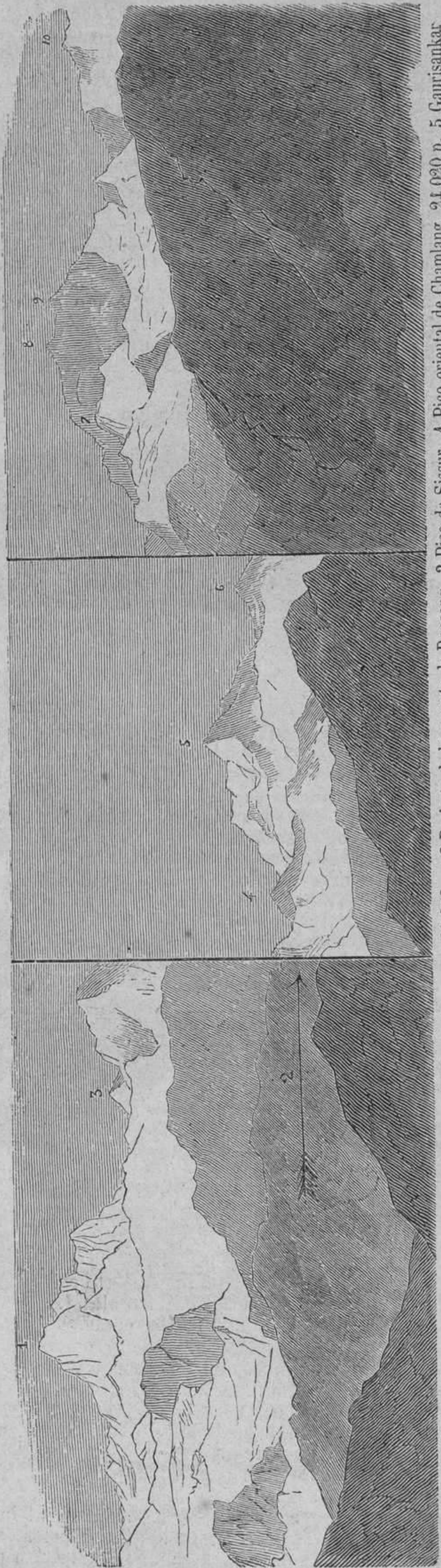
Hemos dicho que M. de Humboldt había fomentado sus primeros ensayos, y podríamos añadir que no cesó de darles consejos, y que les honró con su amistad, distinción tanto más lisonjera cuanto que era este sabio un hombre reservado, y que además existía una gran diferencia de edad entre el maestro y los discípulos. A su frecuentación debieron el favor de ser enviados por la Inglaterra, ó mejor dicho, por la *Compañía de la India*, que aun existía entonces, en misión científica á la India. Con efecto, la muerte del capitán W. Elliot (4 de agosto de 1852) había dejado por concluir la grande expedición magnética de la India (*Magnetical Survey of India*), y se trataba de continuarla. Bunsen, otro sabio bien conocido, que era á la sa-



Trazado de las tres cordilleras principales de la Alta Asia y de sus picos mas elevados.



Lago y jardines cerca de Srinagar (Cachemira). — Vista tomada del Sur.



Perfil panorámico de las cumbres mas altas del Himalaya. — 1 Pico de Dapsang, 28,278 p. 2 Desierto de la meseta de Dapsang. 3 Pico de Sissur. 4 Pico oriental de Chamlang, 24,020 p. 5 Gaurisankar ó monte Everest, 29,002 p. 6 Pico Sissur, 27,799 p. 7 Pico Kabru, 24,015 p. 8 Pico oeste del Kanchinjanga, 28,156 p. 9 Pico este del Kanchinjanga, 27,815 p. 10 Ratong, 24,957 p.

zon embajador de Prusia en Londres, fué encargado de transmitir á M. de Humboldt este desco de la Compañía. Mientras la diplomacia no se ocupe sino de negociaciones de este género, puede estar bien segura de no fracasar en ellas. Humboldt designó á uno de los hermanos Schlagintweit, que á principios de 1854 entró al servicio de la poderosa Compañía. La Compañía inglesa se portó en esta ocasion con la misma liberalidad de que había dado ya tantas pruebas, y después de haber facilitado todos los recursos necesarios, autorizó al viajero para que le acompañasen dos de sus hermanos, y en cuanto estos últimos llegaron al territorio de la India, lord Dalhousie, el gobernador general, les hizo saber que serian tratados bajo el mismo pie que su primogénito. Hé ahí cómo proceden los ingleses, siendo de advertir que los favores no procedian del Estado, sino de una compañía de particulares.

El viaje á la India y á la Alta Asia de los tres hermanos Herman, Adolfo y Roberto Schlagintweit, duró cuatro años (1854 á 1857), y abraza una extension de 18,000 millas inglesas, recorridas al través de las comarcas mas cálidas de los trópicos y de las regiones mas elevadas de nuestro globo. La salida tuvo lugar el 20 de setiembre de 1854 á bordo del *Indus*, de Southampton; y después de haber tocado en Egipto, llegaron á Bombay en octubre. Daremos un ligero resumen de su vasta exploracion en vista de un informe que publicaron, pues la relacion propiamente dicha de este viaje no ha visto la luz todavía.

del lago Manassarovar, y ese punto notable que en el extenso valle longitudinal entre las crestas del Tibet y del Himalaya, forma la separacion de las aguas del Indus y del Dihong, que suelen llamar, aunque mal llamado, el Brahmapoutre.

Durante la estacion templada, 1855-1856, Herman visitó el Assam, el delta del Ganges y del Brahmapoutre, y las provincias al N.-O. de Bengala. Adolfo recorria entre tanto la presidencia de Madras, siguiendo la corriente del Godavery, arribó á Pondichery y concluyó con una excursion á los montes Nilgherries. En fin, por la misma época, Roberto exploraba las partes de la India central, y especialmente la meseta de Amarantac, region muy poco conocida hasta este dia.

Al cabo de una separación de catorce meses, los tres hermanos se reunieron por un poco de tiempo en Simla, antes de comenzar las operaciones del año 1856.

Adolfo se encaminó hacia el noroeste, atravesó el Himalaya, el Tibet, el Baltistan, y ese interesante cruzamiento de cordilleras en que el Indo-Khouch se junta con el gran sistema de las montañas al Norte de la India, y luego volvió al Punjab por el valle de Cachemira.

Herman se proponía pasar del Tibet al Turkestan; y después de haber visitado los *Lagos Salados*, regiones desiertas cuya travesía ofrecía mil obstáculos y en la que hubo de sufrir muchas privaciones, pasó a Leh, capital del Ladak, donde le esperaba su hermano Roberto. Mucho trabajo les costó llegar al Turkestan, disfrazados para no despertar sospechas, pues se vieron perseguidos hasta por el camino que seguían. Sin embargo, consiguieron continuar sus exploraciones, y luego que hubieron pasado el Karakoroum y el Kuen-lun, bajaron al valle de Yarkand, que es una vasta depresión de 1,200 á 5,000 metros que separa el Kuen-lun del Saian-Chane ó las montañas de la Alta Asia, situadas al Norte de la India, de las del Asia central, situadas al Sur de la Rusia.

Esta región, no visitada aun, ni siquiera por Marco Polo, que pasó únicamente al Norte del Kuen-lun, era tanto más interesante, cuanto que además de las observaciones sobre el magnetismo terrestre, la temperatura, la humedad, etc., se podían estudiar allí la edad, las dimensiones de ciertas montañas completamente desconocidas, y aun de las rocas volcánicas, las primeras que hallaban desde la India central; pues no hay ninguna en toda la extensión del Himalaya, del Karakoroum y del Tibet. Su formación es análoga á la de los Alpes.

Los tres hermanos se reunieron en Cachemira por segunda vez después de su marcha de Calcuta en 1855. Esta reunión tenía algo de curioso por la variedad de tipos que ofrecían las personas que les acompañaban. Había allí cristianos, indígenas cristianos de Madura (India meridional), indios de diferentes partes de la India y del Himalaya, budhistas del Tibet, turcos musulmanes del Yarkand, mahometanos de la India y de Bali, un judío, y hasta un parsi adorador del fuego. En esta comitiva se hablaban todas las lenguas: el inglés, el portugués, el turco, el persa, el indio, el bengali, el guzerati, el maharati, el tibetano, y los idiomas del Punjab y de Cachemira. Efectivamente, sabido es que en la India abundan las gentes de servicio. De grado ó por fuerza es preciso resignarse al inconveniente de una numerosa servidumbre, inconveniente que á decir verdad, es soportable en las residencias fijas, tanto más, cuanto que no son crecidos los salarios; pero cuando se trata de viajar por comarcas montañesas ó por distritos donde escasea la población, las dificultades son muy grandes. ¿Cómo ha de adelantarse con rapidez una caravana con guías que todos ellos, por preocupación de raza, se creen obligados á preparar su comida separadamente? Preciso es llevar consigo *kalassis* para levantar las tiendas, *bhistsis* para el agua, *ghavalas* para cortar la yerba, *saises* para cuidar los caballos, *chaprassis* ó *piuns* para los viveres, *chaudekars* para guardar el campamento por la noche, *dhobis* para hacer la legía, etc., etc.

En esta entrevista de Cachemira que debía ser su última reunión, ¿qué de cosas tenían que contarse los tres hermanos, qué de nuevas exploraciones tenían que proponer! Visitaron el Punjab, ya juntos, ya separados. Herman fué admitido por fin en el Nepal, mediante negociaciones que no duraron menos de dos años. Bajo el punto de vista geológico, esta excursión tuvo la ventaja de permitir que se completara la medida de los ángulos de altura del *Gahourichanka* ó Guarisankar (monte Everest), y de determinar la elevación de otros dos picos, el *Matchipoutcha* y el *Yassa*, cuyo conjunto designaban no hace mucho aun los geógrafos con el nombre de Dhavalaghiri, denominación que puede aplicarse á todas las cimas cubiertas de nieve eterna, pues significa *crestas nevadas*.

Durante este tiempo, Adolfo y Roberto recorrían por diferentes caminos las partes occidentales. Los tres hermanos se habían dado cita en los confines del Asia y del Africa para volver á su patria, pero solo dos de ellos acudieron, encontrándose en un desierto del Egipto al Sur del Cairo. Adolfo faltó. La insurrección que se extendía en aquella época por todas las regiones de la India superior, le había detenido en su camino. Quiso entonces intentar una nueva exploración por el Tibet y llegó hasta Kachghar: pensaba regresar por la Rusia, como lo prueban sus papeles hallados después de su muerte y salvados por la energía de un cónsul inglés, cuando en un levantamiento de los turcomanos contra los chinos, de quienes dependían, le cogieron á pesar de todas las precauciones que había tomado, y reconocido como extranjero, pereció asesinado. ¡Destino singular! Este valeroso viajero, víctima de su amor á la ciencia, fué ejecutado como espía de los chinos, siendo así que en el curso de todas sus expediciones, lo mismo que sus hermanos, había debido temer y evitar sobre todo la hostilidad de este pueblo.

Tres gruesos volúmenes en 4.º, un volumen en 8.º y 52 láminas del atlas en folio se han publicado desde la vuelta de los hermanos Schlagintweit (*Results of a scientific mission to India and High Asia. 1854-58. — London, Trübner*): tratan del magnetismo, de las posiciones geográficas (latitudes, longitudes, determinaciones hipsométricas y topográficas), y contienen un glosario explicativo de los nombres de pueblos, ríos y montañas. En cuanto á los tomos que faltan aun, comprenderán las demás partes de la ciencia que constituyen el objeto de

este gran viaje, á saber: meteorología, geología, historia natural, etnografía, etc.

Con sentimiento nos limitamos á esta simple indicación de esas investigaciones científicas, que no son del dominio de este periódico: pero copiaremos algunas de las vistas más interesantes del Atlas que acompaña al texto, magnífica y gigantesca publicación, demasiado suntuosa quizá, y que después de la muerte de Adolfo ha quedado enteramente á cargo de Herman.

Comenzaremos la serie de nuestras reproducciones con una vista que representa casas shingalesas, rodeadas de palmeras, cerca de Galle en la isla de Ceilan, que visitaron los hermanos Schlagintweit. Ceilan disfruta de una vegetación tropical, y en todas las partes de la isla se encuentran grupos de palmeras. La palmera aislada que sale de un suelo gredoso y estéril es una *chameroops*: la del fondo con una corona alta y estrecha, es un betel (*areca*), y la más próxima á la cabaña, un coco. La casa del fondo es de ladrillos con techumbre de teja; son de notar los grotescos ornatos de la entrada y las dos alas laterales paralelas que encierran el edificio principal. No es este el modelo ordinario de las habitaciones de Ceilan, sino el de la cabaña que ocupa el centro y cuyas paredes son de caña; bajo los árboles se distingue un cobertizo donde por una atención delicada, que también se practica en Siam, conservan agua fresca para los viajeros.

Publicamos también una vista de otro género: la aldea de Mangeldai en el Assam. Aunque el clima sea muy cálido en el verano y bastante frío en el invierno, las casas de los indígenas están construidas de un modo muy sencillo. Son de bambú con techumbre de cañas y de hojas y con esteras que forman la pared. Aquí y acullá se encuentran paredes de paja y barro, pero rara vez, y nunca con cal. Cerca de las casas hay montones de estiércol seco que sirve de combustible.

La vista de Brahmapoutre, cerca de Tezpur (Assam), nos muestra todo el valle del río inundado en una anchura de más de 12 millas, como sucede después de la estación lluviosa; en ciertos puntos surgen del seno de las aguas islas cubiertas de malezas. El estado del cielo indica la estación del monzón. Las cuevecillas de base de granito que se distinguen, han adquirido importancia en estos últimos tiempos, á causa del cultivo del té que se propaga más y más en ellas. Hace pocos años apenas se veían algunos plantíos: ¿cómo habían brotado allí? ¿quién les había trasplantado á esa provincia de Assam? Nadie podía decirlo. El té no crecía en el estado natural ni en el Assam, ni en ninguna parte de la India; los botanistas decían que había debido ser importado á ese sitio. De todos modos, el caso es que desde que M. Bruce descubrió el té de Assam, hace unos diez años, este cultivo ha tomado una grande extensión, y hoy se exporta de allí en cantidades bastante considerables.

En un próximo artículo trataremos del valle de Cachemira y de las montañas cuyos perfiles y mapa damos igualmente.

G. D.

El corredor de playa.

I.

La ribera flamenca está orillada en toda su extensión de ribazos desiguales formados por la arena amontonada; estas dunas ó montañas de arena son escasas y poco elevadas desde la embocadura del Escalda hasta pasado Blankenberghe y Ostende; pero hacia el Sur van gradualmente creciendo hasta formar entre Nieuport y Dunkerque un desierto árido de muchas leguas de extensión y una media legua de anchura.

Tiene algo de imponente el cuadro que se ofrece á las miradas del observador, si en aquel punto asciende á una de aquellas eminencias y deja vagar su vista por el paisaje que le cerca. Infinitas montañas de arena, de formas y tamaños diversos, elevan sus cimas en toda la extensión que la vista puede abarcar, estando unas cubiertas por yerba verde ó musgo sombrío, y otras húmedas, resplandeciendo al reflejo del sol; muchas de ellas aparecen minadas por su base, amenazando destrucción, y otras por fin se enlazan como una cordillera, siguiendo todas las desigualdades del suelo, hasta desaparecer en algún profundo valle.

A primera vista el observador no aperece más que una confusión que no se explica más que por un capricho salvaje de la naturaleza, ó un temblor de tierra; pero en breve, dejando obrar la ilusión de su vista, cree ver en aquellas desiguales cimas las olas de un mar impetuoso, que la voluntad divina ha dejado de repente inmóvil.

El rugido del mar en lontananza, el silencio solemne que reina en aquel desierto, la carencia absoluta de todo árbol ó planta, la soledad de aquellos lugares, todo se reúne para herir la mente del espectador y sumirle en reflexiones melancólicas.

Si de una eminencia pasa á otra para cambiar su horizonte, quizá descubra en lontananza un rastro de verdura, y junto á él una mancha rojiza; el humo que de su centro se eleva, siguiendo como una veleta la dirección que el viento le imprime, le hará adivinar que aquella mancha rojiza es el tejado de una cabaña.

En efecto, aquellas montañas ocultan entre sus senos casas solitarias ó chozas, que sirven de abrigo á familias desdichadas que encuentran una existencia penosa en el ejercicio de la pesca.

Si las dunas de arena son áridas, en cambio á la parte opuesta, en los valles defendidos por ellas del viento del mar, la naturaleza se esfuerza en dar algún vigor á la vegetación y á la tierra alguna fertilidad aunque tardía. Aquí crece el sauce enano con sus ramas macilentas, allá el ranúnculo silvestre, más lejos el trébol meliloto, pero tan endebles y raquíticos, que cuesta gran trabajo reconocerlos.

En estos espacios llanos, entre las dunas á que dan el nombre de *panne* ó *paire*, es donde el pescador construye su casa, y al lado de ella labra la tierra y trata á fuerza de trabajo de hacerle producir algunas legumbres de que hace acopio para el invierno, mostrándose orgulloso de esta humilde propiedad que realza con el pomposo título de « mis tierras. »

En el sitio donde las montañas de la ribera son mayores, entre Adinkerke y el mar, se elevaban hacia el fin del siglo último cinco ó seis chozas de pescadores no lejos de la frontera francesa, y como otros tantos nidos escondidos entre las desigualdades del terreno.

Una de estas casas era de mayores proporciones que las otras, y á primera vista parecía constar de dos habitaciones porque tenía dos puertas de entrada; pero una vaca y un pollino que andaban sueltos al rededor de la casa, demostraban el empleo de la segunda habitación.

En una mañana de primavera del año 1794, cuando el sol comenzaba apenas á dorar las cumbres de las montañas, un hombre estaba sentado ante una mesita en dicha humilde casa, ocupado en tejer una red de grandes mallas.

Este hombre trabajaba sin mirar, y aunque sus movimientos parecían desembarazados, al ir á buscar el ovillo de cáñamo sobre la mesa, su mano era incierta como la de un ciego. Era de elevada estatura, de aspecto varonil, aunque su talle encorvado y los bucles plateados que descansaban en sus hombros indicaban la ofensa de los años. Conociase que había arrastrado una vida activa sobre el mar ó á sus orillas, porque los músculos de su rostro estaban secos, endurecidos y tostados.

Vestía una camisa roja de franela encarnada, un pantalón azul muy ancho que descendía poco más de la rodilla, medias negras de lana, y á la cabeza un gorro de lana negra también, guarnecido de una tira de astracán imitado.

El silencio más profundo reinaba en torno del anciano: apenas se dejaba oír el *tic tac* monótono de la péndola, y el ronquido del gato que dormía junto al hogar en que no se veía señal de fuego.

Aquella casa tenía un aspecto muy pobre: el piso no era más que de tierra endurecida, y el techo era tan bajo, que cuando el anciano se incorporaba, su cabeza tocaba casi con las vigas del techo. No obstante, en aquel humilde albergue resplandecía la limpieza, y el esmero con que estaban ordenados los muebles, revelaba la presencia de una mujer hacendosa.

Llamaba en primer lugar la atención una cómoda sobre la que se veían diferentes tazas y platillos blancos, cafeteras y platos de mayor tamaño, pintados de colores y representando todos ellos marineros y asuntos de pesca. Estos platos se apoyaban contra la pared, y parecían todos aquellos objetos dispuestos para el mejor adorno de la estancia.

En todas las cabañas se veían objetos análogos. Aquella loza la obtenían á cambio de redes ya usadas, ó la recibían como regalo de alguno de sus deudos que iba á Dunkerque, donde abundaba aquella vajilla importada de Inglaterra.

Las paredes, blancas como la nieve, aparecían en su mayor parte cubiertas de santos é imágenes representados en estampas, groseras quizás, pero cuyo contraste de colores formaba el lujo de aquellas humildes gentes. En uno de los ángulos había una alcoba cuya puerta desaparecía bajo unas cortinas blancas como la nieve, y que debía ser dormitorio del anciano, porque estaba ya vacía á aquella hora temprana.

Un crucifijo de madera tosca con su pillita de agua bendita estaba fijo sobre la cabecera, y al lado de la cama, sobre una mesita, se veían dos libros; el uno pequeño y con adornos dorados en su cubierta, parecía un devocionario; el otro grande, deteriorado, que sin duda había servido una y otra noche á entretener las vigiliadas del invierno. Uno y otro demostraban que allí existía un ser que sabía leer, cosa rara en aquella época en una familia de pescadores.

El reló, otro crucifijo de yeso, una alacena triangular en un rincón, un espejo pequeño colgado en la pared, cuatro ó cinco sillas groseras, un banco pequeño y una rucra colocada cerca del hogar: tales eran los demás objetos de utilidad ó adorno que se veían en la pobre pero risueña casa del pescador.

Hacia un instante que un pensamiento importante debía preocupar al anciano ciego, porque la aguja y el mallero permanecían inmóviles en su mano. Al cabo de unos momentos salió de su meditación continuando su ejercicio, aunque con una lentitud que denotaba una preocupación agradable.

En breve una expresión de alegría iluminó sus facciones, y prestó oído hacia un lado de la estancia en que se veía otra puerta á la que daban subida dos escalones de madera: esta expresión animó el rostro del anciano todo el tiempo que estuvo oyendo pasos en la estancia vecina; cuando el rumor de ellos cesó por completo, murmuró con ternura:

— Rueda á Dios por mí, siempre por mí. ¡Oh! Dios envíe su santa gracia sobre el ángel que ha dejado como único consuelo á este pobre ciego.

Y cruzando las manos, inclinó la cabeza sobre el pecho.

La puerta que daba á la pieza contigua se abrió lentamente, y una jóven apareció en su dintel. La expresión que velaba su fisonomía era triste; pero así que su mirada cayó sobre el anciano, sus ojos se animaron y le contempló un instante con risueño aspecto.

Tenia la jóven estatura regular y constitución robusta; en su brazo musculoso, en el desarrollo de todo su físico, revelaba ser una de las más activas hijas de aquellas montañas, acostumbrada á luchar con rudos trabajos y contra la inclemencia del tiempo. Y no obstante, era de una hermosura notable; no tenía esa belleza delicada tal como la comprende la civilización actual, sino tal como sin duda el Criador se la dió á la compañera del primer hombre, cuya vida en la tierra debía ser una eterna lucha.

Aunque aquella jóven parecía animada de una fuerza varonil, había en su fisonomía algo de dulce y seductor. Sus mejillas tenían ese carmin propio de la primera juventud, sus ojos negros tenían destellos inefables, su boca estaba guarnecida de treinta y dos perlas cuya extremidad era de trasparente nácar, y sobre todo su rostro se animaba con una expresión de candor que realzaba aun más su traje característico.

Vestía un justillo de franela grana, falda negra, pañuelo blanco al cuello y otro azul en forma de gorro á la cabeza, del cual se escapaban los abundantes rizos de su negra cabellera.

Detúvose un instante en el dintel de su puerta, después descendió los dos escalones, se aproximó silenciosamente al anciano, inclinó su cabeza y dijo con acento solemne:

— Vuestra bendición, padre (1).

— Que Dios te bendiga, hija mía.

Y pasando después el brazo al rededor de su cintura, el anciano atrajo á la jóven sobre sus rodillas abrazándola tiernamente.

— ¡Ah! Bella (diminutivo de Isabela ó Isabel), dijo el anciano con dulzura; anoche te dormiste muy tarde, leíste mucho, y aun después de acostarme yo continuaste leyendo. No canses demasiado tu vista. La luz de los ojos es la segunda inteligencia, no la malgastes, hija mía, ó me harás sentir que tu tío Luis te enseñase á leer, aunque sea un gran placer para mí el escucharte.

— ¡Pobre tío Luis! murmuró la jóven. Esta noche he soñado con él. ¿Cuánto tiempo hace que no tenemos noticias tuyas?

— Doce años.

— ¡Ah! Quizás ha perecido en Islandia.

— No me entristezcas, Bella; aun no debemos desconfiar de Dios que siempre nos ha protegido. Cuando Bordinek volvió de Islandia, ¿no trajo la noticia de que tu tío se había salvado del naufragio y había llegado á América? Verás como el día menos pensado entra por la puerta; en cuanto á no dar noticia tuya, no hay que extrañarlo, él es bueno pero de cabeza ligera, y aturdido como un verdadero marino.

— Aun me parece verme sobre sus rodillas, murmuró tristemente la jóven, y me parece escuchar su ronca voz remedando el pisar de un caballo; ¡si hubiera muerto, si no le volviéramos á ver!

— Bien se conoce que has dormido mal, y te levantas preocupada con tus ensueños.

— He llorado esta noche, padre.

— ¡Llorar! ¿Por qué?

— La historia del paciente Job que me tocó leer anoche me ha hecho pensar en la vuestra, y vuestros sufrimientos me han arrancado lágrimas.

— ¿Por eso has llorado? repuso el anciano con emoción. Ciertamente que el Señor ha querido poner á prueba mi sufrimiento: se ha llevado á mi mujer, á mis hijas, hasta la luz de mis ojos; pero me ha dejado un tesoro que basta á dulcificar mi vida.

Una careajada interrumpió al anciano, y una voz ronca repuso con tono zumbón:

— Hola, el sol calienta solo en esta casa.

El hombre que así hablaba desde el dintel de la puerta, llevaba una cesta grande á la espalda, sujeta con correas, y al hombro una verdadera carga de cuerdas y redes: era un pescador.

Era este un hombre rudo, de formas pronunciadas, de miembros endurecidos; pero su fisonomía no tenía nada de dura ni repugnante. Sus facciones, aunque envastecidas por lo tostado de su cutis, eran regulares, su mirada era franca, y una sonrisa perpétua parecía estereotipada sobre sus labios. Su rostro, en fin, revelaba franqueza y generosidad, y antes que el trabajo y los años hubieran arrugado su frente, debía haber sido un hermoso mancebo.

El pescador colocó su carga en el suelo y dijo mirando al hogar:

— La tía Clara se acostó algo mala anoche: no he querido despertarla, y venía á pedirnos una taza de café; pero veo que la chimenea humea aquí como en mi casa.

— Siempre habláis en broma, primo, repuso Bella. Aunque todavía no he encendido fuego, vedle preparado, la cafetera arrimada. No hay más que prenderle, y el agua hervirá al punto.

— Siendo así aguardaré el café. No tengo prisa.

Y acercándose al anciano y estrechando su mano, añadió:

— Buenos días, padre Stock. Vamos á ver si hay ro-daballo que traer.

— Los ingleses están aun á vista de la costa. ¿Vais á arriesgaros á salir de pesca, José?

— ¡Bah! No hay peligro.

— ¿Y los corsarios de Dunkerque? desde que la república francesa está en guerra con Inglaterra y Austria, el que se ausenta en una barca es cogido como pirata.

— ¿Y nos hemos de estar quietos siempre en la playa como pescado muerto? El sol había secado mi bote de tal modo que cogian mis dedos por entre sus tablas. Ahora están de nuevo unidas, y mis compañeros le botaron ayer de nuevo. ¡Dios del cielo, con qué alegría le vimos balancearse sobre las olas! nos pusimos á saltar, á cantar que casi se nos oía en Nieuport, y bebimos algo. ¿No es todo esto de buen agüero, padre Stock?

— Yo no estoy tan tranquilo, José; los navios ingleses cruzan sin cesar á vista de la playa, y si os ocurriese el menor accidente, la tía Clara moriría.

La jóven, entre tanto había estado preparándolo todo para el desayuno, y al terminar esta palabra el anciano, ella servía ya el café. José seguía todos sus movimientos con interés singular, y en sus ojos y en todo su rostro se veía una expresión de amor y respeto.

Bella le sorprendió en esta fijeza y murmuró con turbación:

— ¿Me he tiznado quizá la cara?

— ¡Oh! no, vuestra cara está fresca y sonrosada como las rosas que florecen en el jardín del señor cura.

— Pues entonces, José, ¿por qué me mirais de un modo tan singular?

Aquel se turbó: sus mejillas se sonrosaron, y golpeándose la frente con la mano, añadió:

— Ciertamente, prima mía; no me hagais caso. Si esto continúa así, acabaré por volverme simple: hace algun tiempo que mis pensamientos andan como barco sin timón; pero esto no es nada, Bella. Pensaba en mi difunta mujer, que tenía unos ojos tan negros, tan animados... ¡si yo no fuera viejo y feo! Pero he adelantado veinte y cinco años mi venida al mundo: esta es la mayor de las tonterías que he hecho.

— ¿Viejo decís, José? observó el anciano. Pues si estais en la mejor edad.

— Sí, murmuró el pescador suspirando. Cuarenta y ocho años, padre Stock, y treinta y dos de mar. El corazón, no lo dudeis, es más jóven que el cofre viejo en que está guardado.

Y se levantó, se acercó á la pared de la cual pendía un espejo, y se contempló durante algunos instantes: después sacudió la cabeza, amenazó su imagen con el puño, murmuró algunas frases ininteligibles y se volvió bruscamente.

— ¡A la mesa: ya está el café! exclamó Bella.

Dirigióse á su padre, le condujo á la mesa, se sentó á su lado y guió sus manos hácia la taza y el pan colocado junto á él.

Siguió á esto un debate cariñoso entre el ciego y su hija, porque á pesar de las recomendaciones de aquel, esta había azucarado demasiado su café y cargado mucho su pan de manteca. La jóven prometió por la centésima vez obedecer las órdenes del anciano, aunque conocía eran contrarias á sus gustos; y como si esta promesa no le hubiese dejado satisfecho, la jóven le abrazó tiernamente, lo que puso fin á la querrela, tomando la palabra José para ocultar su emoción.

— Padre Stock, dijo, ¿no habeis oído esta noche algunos tiros? ¿No? ¿Ni vos tampoco, Bella? Entonces lo habré soñado. He dado en soñar tanto ahora.

— Quizá los guardas franceses que vienen á cazar por estas montañas, dijo el anciano.

— Y que hay malas nuevas por allá abajo, repuso el pescador señalando al Sur. He hablado esta mañana á Ko (1) el vagabundo, el corredor quise decir.

— ¿Y es él quien os ha anunciado esas malas nuevas?

— ¡Quién había de ser! El cuervo nunca anuncia nada bueno.

— Dices bien, repuso el anciano suspirando; en cuanto Ko abre la boca, sale de ella una noticia triste; ¿qué te ha contado?

— Que los franceses tratan de pasar nuestras fronteras.

— ¡Ah! Hé aquí á la tía Clara que viene también, repuso la jóven batiendo palmas.

La tía Clara llegaba con ambas manos en las caderas y mirando á José con ademán de enojo. Era Clara una mujer de edad, bajita, seca y con la cabeza casi blanca; pero su mirada era viva, y había algo nervioso en la continua movilidad de su rostro.

— ¡Arriar velas! ¡Ya viene un golpe de viento! murmuró José.

— ¡Eso es! ¡Te parecerá que no debo enfadarme! exclamó la anciana. Te escapas furtivamente de casa como un ratero, y cuando yo te creía en el mar hace ya dos horas te encuentro muy repantigado ante una taza de café. ¡Ay, José, José; tú vas perdiendo la cabeza!

— No quería despertaros; ya lo sabeis.

— Esos son cuentos; di que no te gusta almorzar solo con una pobre vieja y vienes aquí, donde hay gente jóven y alegría.

Sin duda la tía Clara tenía costumbre de reñir á José, porque todos los que escuchaban su filípica, hasta el ciego, sonreían, como no tomando por lo serio sus palabras.

— Ahora, querida tía, sentaos y tomad una taza de café, dijo Bella dulcemente.

La tía Clara tomó asiento, llevó á sus labios la taza que la había preparado, y después exclamó:

— ¡Y no es solo esta la causa de mi cólera! Habeis de saber que José se va volviendo tonto: que os diga lo que hizo ayer en Adinkerke. Con su impremeditación de niño ha hecho casi una desgracia. No os riáis, José. Me cuesta seis escudos: ¡seis escudos en estos tiempos es un tesoro! sí, hermano; sí, Bella, ese majadero ha permanecido dos horas en el banco ante San Sebastian de Adinkerke, con una porción de chiquillos en brazos y al hombro. A cada momento permite á los chiquillos que hagan heregias con él, que le destrocen la ropa, le tiren del pelo...

— ¿Y qué mal hay en eso? Ya que el Señor se llevó á mi pobre mujer sin concederme hijos, tengo que amar á los de los otros. ¡Ah, si yo tuviera solamente uno!

— No es una razón el no tenerle, para rodearse de todos esos desharapados.

— ¡Qué quereis! Estaba sentado á la puerta de San Sebastian, y me ocupaba en construir un botecillo pequeño para el hijo del zapatero: muchos chicos merodeaban. Al mismo tiempo un labrador se adelanta con su carreta, sin cuidarse del niño del sacristán, que iba infaliblemente á caer debajo de la rueda. Le grito, pero todo depende de un momento, de uno solo... me levanto, y sin calcular lo que hacia doy un empujon á la carreta, y mula, carreta y amo ruedan por el suelo. Ya sabeis que soy forzudo...

Y acercándose á la anciana y abrazándola tiernamente, añadió:

— Vaya, seamos amigos; si yo hubiera dejado aplastar á aquel pobre niño, no me lo hubierais perdonado en toda la vida. En cuanto á los escudos que habeis pagado por el destrozo de la carreta, no os apureis; en cuanto se firme la paz me marcho á Islandia, y tendreis más que quereais.

— ¿A Islandia?... ¡por supuesto! ¡Y estaré meses enteros sin saber de tí!... ¡vaya, vaya, no me habléis de Islandia, siempre lo mismo!

— Bien, madre, lo que vos quereais, yo no deseo más que veros contenta.

En aquel momento una forma humana pasó por delante de la ventana, y una voz varonil exclamó muy alto:

— Buenos días, padre Stock.

— Es Nel (1) que va ya á pescar, dijo José tomando también sus redes; ya debe estar alta la marea. Adios, padre, adios, madre, adios, Bella, que Dios os guarde. Y José salió apresuradamente para unirse á su compañero.

— Perdonad si os dejo, tía, dijo Bella: tengo que hacer en el establo. Entre tanto, haced compañía á mi padre.

La anciana siguió á Bella con la vista, y después movió con ternura la cabeza.

Después que se cerró la puerta por donde la jóven había desaparecido, acercó su silla al anciano privado de la vista, y como si busease el medio mejor de empezar un diálogo que le convenia tener, exclamó:

— Hermano, ¿no pensais en buscar un buen marido para Bella?

— ¡Os burláis, hermana mía! Si es todavía una niña.

— ¿Una niña con diez y nueve años? Ya se ve: hace once que vos no la veis, y creéis que está siempre lo mismo; pero hay otros que notan bien que va teniendo edad de casarse, y cuando atraviesa la explanada que antecede á la iglesia, todos los mozos de Adinkerke la rodean, tratando de obtener una mirada suya.

— ¿Con que es muy hermosa? exclamó el anciano con emoción.

— ¡Ya lo creo! demasiado hermosa para alterar el reposo de los que la miran. Por eso á nosotros nos toca velar por ella y aconsejarla. Si no dejaremos que pase la flor de su juventud... desengaños, cada cosa tiene su época marcada, y el que no la aprovecha, la llora luego. Bien sé que Bella se asusta á la idea de casarse, porque no quiere partir con nadie el amor que os tiene: la pobre niña cree que habeis perdido la vista por salvarla la vida, y moriría antes que causaros un pesar, pero á nosotros toca no ser egoistas con nuestros hijos.

— Decís bien, pensaré en ello.

— Yo sé de un excelente marido para ella.

— ¿De veras? ¿es decir, que me hablabais con intención?

— Sin duda.

— ¿Será algun jóven pescador?

— No es viejo, y si ahora no se entrega al ejercicio de la pesca, ha sido pescador.

— ¿Me habláis de Ko el corredor?

— De Jacob Suel, en efecto.

— ¿El os ha encargado de tal mensaje?

— El pobre es tímido, no se atreve á hablaros del asunto, y me ha encargado que os hable por él.

— ¡Es demasiado viejo y demasiado feo!

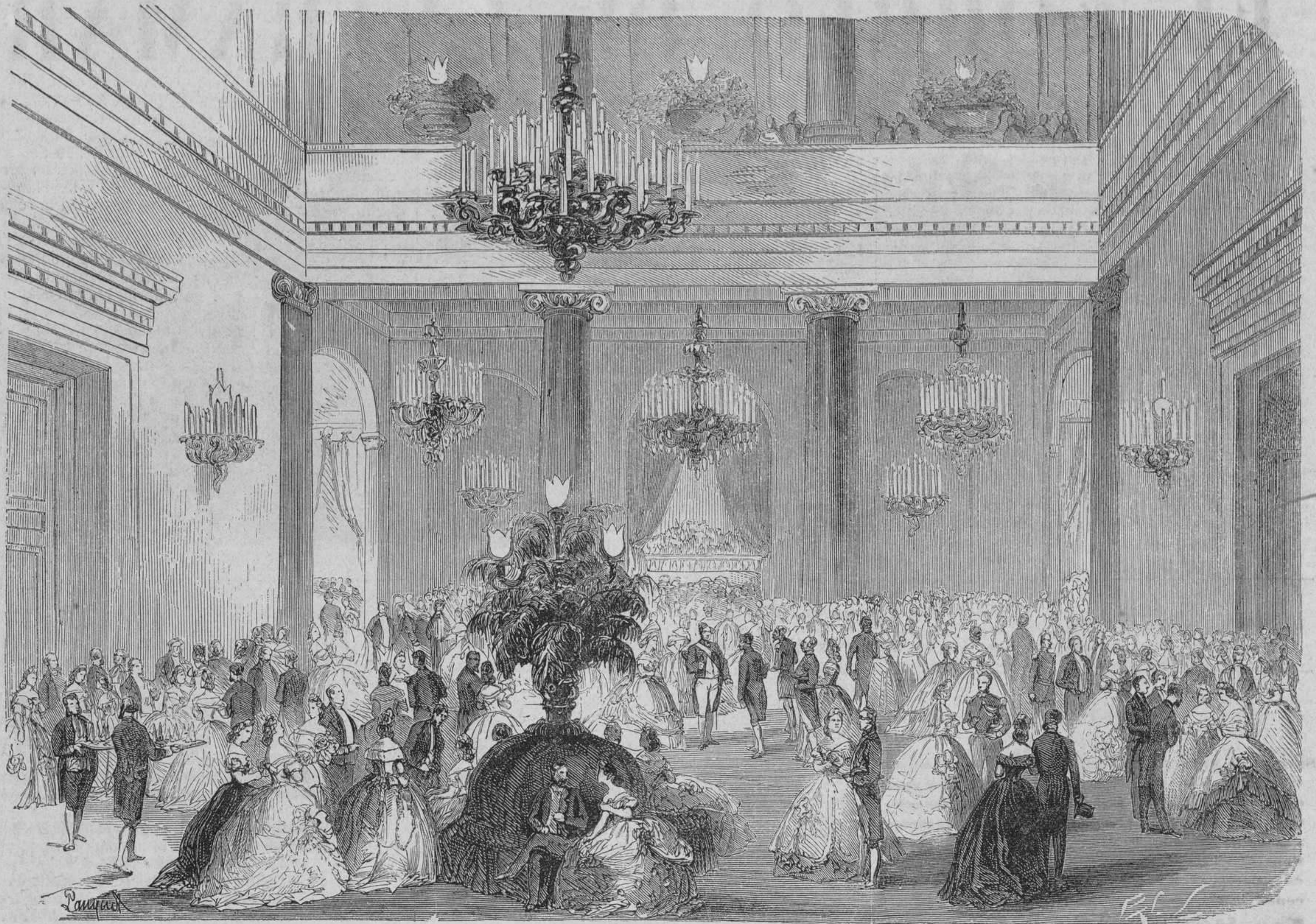
— Treinta y cinco años en un hombre es la mejor edad de la vida: además, el dinero vale más que la hermosura, y bien sabeis que él debe tenerle, porque presta á los pescadores y nunca les premia, lo que prueba que no le corre prisa el cobrar. Bella estaría pues asegurada para el porvenir, y no tendria necesidad de estar como ahora corriendo á la orilla del mar días enteros para pescar unos cuantos mariscos.

— No, hermana mía, no me habeis de semejante matrimonio. Ko apareció en nuestras dunas sin saber de dónde había venido, hasta se ignora el sitio de su nacimiento.

(1) Aun hoy es costumbre entre los pescadores de Adinkerke, que los hijos é hijas mientras habitan el hogar paterno, pidan la bendición de sus padres, sobre todo al recogerse por la noche ó al ir al mar.

(1) Abreviatura de Jacob.

(1) Abreviatura de Corneille.



Fiesta dada en Marsella por el senador M. de Maupas.

— ¿Y le culpáis á él porque sus padres hayan tenido la inhumanidad de abandonarle?
 — A él... no sé; pero en cuanto á su dinero... Clara, si me lo encontrase en casa lo arrojaría!
 — ¿Porqué?
 — Porque no quiero dinero cuyo origen no conozco.
 — Pero, Simon, ¿en qué estais pensando? ¿vais á ser injusto como los otros, que sin saber porqué le odian?
 — Yo no tengo nada contra Ko, creedlo, pero sería un gran dolor para mí ver á mi Bella en poder de un hombre que quiere mejor pasearse que trabajar. No penseis en eso: si Bella debe casarse se casará con un jóven honrado y trabajador que la merezca.
 — Aquí vuelve Bella, ¿quereis que la hable del asunto?
 — No, no, por Dios: la afligiriais, hermana.
 La jóven apareció en la puerta de entrada llevando al asno del ramal. Entró, abrazó al anciano y le dijo:
 — Me marcho, padre; pasadlo bien y no trabajéis mucho, no hay necesidad. Adios, tia, llevaos con vos á mi padre y entretenedle con vuestra conversacion mientras despachais vuestras haciendas; yo procuraré volver pronto, en cuanto haya vendido mis langostinos; adios, padre: hasta luego, tia.
 Y arreando al asno, se dirigió rápidamente hácia las dunas.

II.

Bella Stock marchaba lentamente al lado de su asno entre las sinuosidades de las dunas; parecia absorba en profundos pensamientos, porque aunque murmuraba entre dientes una copla del país, caminaba con los ojos fijos en tierra.
 Aquella mañana el sol se ostentaba en toda su hermosura, bañando la parte oriental de las montañas de luz resplandeciente y dejando la parte opuesta sumida en la sombra. De esta diferencia de luz resultaba en toda la extension de las dunas una variedad de tintas y colores, como si la antorcha celeste hubiera combinado todo su poder para engalanar con sus cambiantes aquella apartada comarca.
 Un silencio solemne reinaba en aquellos sitios, alterado solo por el rumor de las olas ó por los trinos de alguna invisible golondrina, contribuyendo estos ecos á hacer mas sensible el reposo de aquella naturaleza pacífica.
 Sobre una de las montañas y á corta distancia del sitio donde Bella avanzaba meditando, un hombre estaba

de pié á la parte opuesta, asomando solo su cabeza por encima de la montaña, como queriendo observar de lejos sin ser apercibido. Era de mediana estatura, notablemente delgado, sus ojos pequeños, casi escondidos en sus pequeñas órbitas, brillaban de un modo extraordinario, y sus labios eran tan pequeños como si su boca

hubiera sido abierta por la cortadura de un cuchillo. Este hombre no era feo, sin embargo; pero su rostro revelaba tan claramente la malicia y la hipocresia, que no podia mas que causar general disgusto.
 Sobre el traje habitual de los pescadores, llevaba una especie de justillo para resguardar su pecho del viento húmedo del mar, y su cabeza estaba cubierta de un sombrero de anchas alas que hacia aun mas sombrío su rostro.

Largo rato hacia que estaba allí esperando, moviendo á veces la cabeza con impaciencia; pero al punto sucedía una sonrisa de triunfo á su expresion de despecho, y sus labios se agitaban levemente como hablando á un compañero invisible. Sus gustos apasionados y el ardor que brillaba en sus pequeños ojos, indicaban la lucha que sostenia, aplaudiéndose no obstante de una victoria segura.

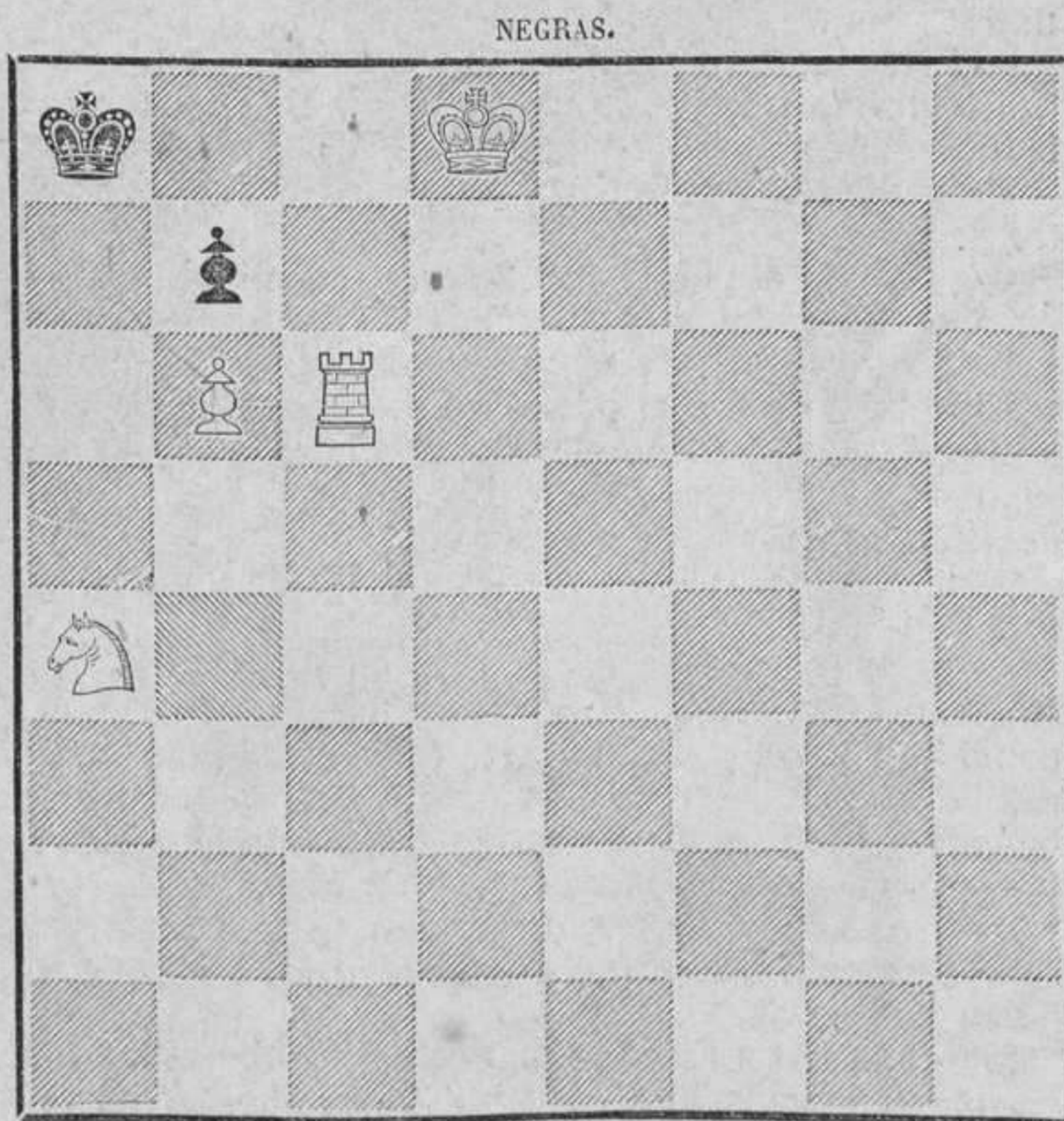
(Se continuará.)

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 99.

- 1 P del A un paso jaque
- 2 R 6ª A
- 3 C 5ª R
- 4 C 7ª Ra jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 100, POR M. DO.



Las blancas dan jaque-mate en siete jugadas.

Baile en Marsella.

El 26 del mes último el senador encargado de la administracion de las Bocas del Ródano, ha dado en Marsella una espléndida fiesta que dejará memoria en los habitantes de la ciudad que á ella estuvieron convidados. Todos los periódicos de la localidad concuerdan en decir que nunca se ha visto nada tan suntuoso. Esto no es de extrañar: el senador M. de Maupas, pertenece por su posicion al mundo aristocrático por excelencia. Parécenos inútil hablar de la decoracion de los salones y de la profusion de flores que habia en ellos; el lujo de las plantas de ornato es facil de concebir en una ciudad bastante favorecida por su clima, para que la violeta sea allí una flor comun desde principios de enero.
 El atractivo principal de las reuniones de este género reside sobre todo en el brillo que les prestan la riqueza y variedad de los trajes. Bástenos decir que los convidados de M. de Maupas pertenecian á las clases mas elevadas de la gerarquia administrativa de la sociedad marselesa, para dar desde luego una idea de la asamblea. En efecto, no habia una persona de distincion en la ciudad que no figurase en los salones, cuya vista ofrecemos á nuestros lectores con estas breves líneas.
 H. C.